



Meditación inquieta

José Antonio Ramos Sucre

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

Esta es la colección popular o de bolsillo de Biblioteca Ayacucho. Se dedica a editar versiones abreviadas o antológicas de los autores publicados en la Colección Clásica. Sigue el rastro del dinámico género de la crónica que narra las maravillas del mundo americano, da cabida a la reflexión crítica y estética, y complementa y redondea los asuntos abordados por las otras colecciones de Biblioteca Ayacucho. Los volúmenes llevan presentaciones ensayísticas con características que los hacen accesibles al público mayoritario.

República Bolivariana de Venezuela

F u n d a c i ó n



Biblioteca Ayacucho

MINISTERIO DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

Reinaldo Iturriza
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Giordana García
Viceministra de la Cultura para el Desarrollo Humano
Aracelis García
Viceministra para el Fomento de la Economía Cultural

Viceministro de Identidad y Diversidad Cultural

FUNDACIÓN BIBLIOTECA AYACUCHO
CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente

Francisco Ardiles
Director Ejecutivo

Alberto Rodríguez Carucci
Rosa Elena Pérez
Mariela González de Agrella

Meditación inquieta

Colección Claves de América

Meditación inquieta

José Antonio Ramos Sucre

40

Presentación
Carlos Augusto León

Ilustraciones
Úrsula Rey
Omau

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

©Fundación Biblioteca Ayacucho, 2015

Derechos exclusivos de esta edición

Colección Claves de América, N° 40

Hecho Depósito de Ley

Depósito legal lf50120158001506

ISBN 978-980-276-523-2

Apartado Postal 14413

Caracas 1010 - Venezuela

www.bibliotecayacucho.gob.ve

Director Literario: Francisco Ardiles

Coordinación Editorial: Jorge Romero

Coordinación de Edición: Shirley Fernández

Edición: Karen Arreaza Sanoja

Coordinación de Producción: Elizabeth Coronado

Jefe de Corrección: Henry Arrayago

Corrección: María Josefina Barajas

Diagramación: Yessica Soto G. y Daylin León

Coordinación de Multimedia: Jesús León

Actualización de colección: Pedro Mancilla

Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRESENTACIÓN

LAS PIEDRAS MÁGICAS

Recuperé el sosiego invocando su nombre, durante una semana, a la orilla del mar y en presencia del sol agónico.

Yo retenía un puñado de sus cenizas en la mano izquierda y lo llamaba tres veces consecutivas.

J.A. Ramos Sucre, “El rito”.

La imagen siempre está cerca del símbolo y se confunde con él...

Pero nunca deja de ser un medio de expresión, y quien la use como fin viene a parar en retórico vicioso, en declamador.

J.A. Ramos Sucre, “Sobre la poesía elocuente”.

SUS POEMAS en prosa, redondos, cerrados en sí mismos, de un simbolismo alto y cernido, tienen muchas veces valor de piedras preciosas.

En su vida, en su tormento, jugaron el papel de piedras mágicas, útiles para el conjuro, talismanes en los cuales se detiene el mal en acecho. A la orilla del océano turbulento, el creyente, en la mano un puñado de cenizas venerables, pronuncia tres veces un nombre. Me parece ver en esta descripción, inserta en un poema de Ramos Sucre, la imagen de este. A diario, a cada instante, recurría al poema, huyendo del tormento. Encontraba momentáneo descanso confiándose a las palabras: siempre ha sido la confianza alivio de la pena. Llamaba en su ayuda, a través del poema, a hombres y cosas de otros tiempos. Venían estos, en la “visión” fugaz, y al partir dejaban intacto el desconsuelo, en la misma forma como el agua herida por la piedra se cierra tras esta, tragándose las

huellas. El solitario, entonces, tallaba una nueva piedra de conjuro, con la cual tocar a la puerta de otros tiempos –del no-tiempo y no-espacio, quería él– en busca de paz.

Son piedras mágicas sus poemas. Brillantes, pulidos en sus facetas diversas, concretos en su forma, de claro reflejo atravesando el aire. Los trabaja, se siente al leerlos, como pule su joya el artífice, paciente, gozosa, finamente. Al concluir cada uno de ellos debía sentir doble gozo: por la forma lograda y por el sentimiento lanzado al aire.

Ya hemos visto cómo, en cierto examen, cuando era estudiante, exclamó: “yo no tengo la culpa de saber resumir”. Tal expresión cuadra a sus poemas. Estos son síntesis: cada frase parece llevar en sí el contenido de muchas otras; cada palabra tiene tras de sí un vasto mundo de resonancias. Para lograr la síntesis disponía de algo inapreciable: su conocimiento del idioma, aquella familiaridad con los vocablos castellanos, con las raíces latinas y griegas de estos, con las cercanas lenguas romances y los idiomas sajones y nórdicos. Una exacta y correcta sintaxis, un magnífico uso de los verbos en su más pura acepción, ayudaban a la síntesis formal preñada de infinitas sugerencias.

El adjetivo juega un papel muy importante. Cierta vez polemizó sobre esto con Pedro Emilio Coll. Negaba Ramos Sucre el posible aporte de valor subjetivo de aquella parte de la oración. Y hacía consideraciones en torno al valor del adjetivo antepuesto al sustantivo y el pospuesto al nombre. “Solo ofrece y comunica valor subjetivo en el caso de gobernar en cierto modo la frase, antecediendo al sustantivo”. A través de su obra, parecen predominar los adjetivos pospuestos al nombre. Y abundan, en verdad. Por adjetivante se diría cerca del Modernismo elocuente y exuberante. Pero ciertamente se acerca más al Simbolismo y al cuidado formal de los parnasianos.

Su concepto de la imagen, expresado en “Sobre la poesía elocuente” (*La torre de Timón*, 1925), está ratificado por su obra. “La imagen es la manera concreta y gráfica de expresarse, y declara una emotividad fina y emana de la aguda organización de los sentidos corporales... La imagen siempre está cerca del símbolo o se confunde con él, y, fuera de ser gráfica, deja por estela cierta vaguedad y santidad que son propias de la poesía más excelente, cercana de la música y lejana de la escultura”.

Basado en “la aguda organización de sus sentidos”, siempre usó de la imagen como símbolo, al menos como algo cercano al símbolo. Su poesía no buscaba la forma escultural –cercana de la realidad– sino prefería acercarse a la música, la cual parece elevarnos por sobre el mundo real.

Su poesía en prosa tiene un ritmo y una musicalidad perennes. Un hombre culto y sensible, el doctor Isaac Pardo, realizó ha tiempo, llevado de su interés por las cosas del lenguaje y de la poesía, una curiosa experiencia. Al observar cómo los poemas de Ramos Sucre tenían un visible ritmo interior, trató de poner en versos –de acuerdo con ese ritmo– alguno de ellos. El resultado es, sin duda, interesante. Cualquiera de esas prosas poéticas asume sin esfuerzo la condición de poema en verso libre, de una música indudable y varia, limpia de monotonía, rica de ritmo.

Mucho se ha comentado de la eliminación del que relativo, realizada por Ramos Sucre a lo largo de su obra. En otros tiempos era la única afirmación común y corriente de su poesía. Para muchos esta era: una simple colección de cosas ininteligibles, escritas sin “que”.

Un afán de pureza en el idioma, y no un simple capricho, ha debido impulsarle a tal resolución. En su eliminación del que relativo hemos de ver la cualidad ejemplar de Ramos Sucre en cuanto a la forma artística. Esa eliminación no es la única muestra, sino

una prueba más, de su constante preocupación por la palabra, por la pureza, la precisión y la elegante musicalidad del lenguaje. Esa preocupación y el trabajo constante por pulir y limar las obras de su sensibilidad, ha de ser tomada muy en cuenta por las nuevas generaciones. Vivimos en un país donde mucho se peca de descuido, pereza y desgano, en tal aspecto fundamental de la obra poética y literaria. Quien poseyó muchas lenguas aprendió a amar la suya, así como el viajero por muchos países aprecia mejor, al retorno, su tierra natal. Debemos recoger su ejemplo. “Yo digo, o era esto lo que quería decir, que no hay poesía sino cuando hay meditación sobre el lenguaje y a cada paso reinvencción de ese lenguaje” (Louis Aragon, *Les yeux d’Elsa, Préface*, 1942). Yo creo, con Aragon, en el deber de trabajar tenaz y limpiamente la difícil, huidiza y sólida materia del lenguaje. Ha sido uno de los principales motivos del presente trabajo destacar la tenaz labor de Ramos Sucre en tal sentido.

Debería, ahora, hablar de las influencias presentes en la obra de Ramos Sucre. No me atrevo. Como viajero incansable por los mares de la literatura universal, de la poesía de todos los tiempos, mucho debió recibir su abierto corazón, de muchas fuentes. Como solitario, su obra quizás tenga puntos de contacto con la de otros escritores y poetas de soledad. Mas, no habiendo alcanzado yo a precisar tales influencias me abstengo, por ahora, de lanzar juicios. Quede para otros, o para otra ocasión, ese análisis. Esta no es crítica, sino invitación a la crítica. Y acto de justicia. Por afán de ser justo he venido, a los quince años de su muerte y treinta de mi vida, a contradecir el deseo de quien aspiraba a “sumirse con su nombre en el olvido solemne”.

Carlos Augusto León

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Meditación inquieta de José Antonio Ramos Sucre se basa en *La torre de Timón* (1925), *El cielo de esmalte* (1929) y *Las formas del fuego* (1929) reunidos en el volumen *Obra completa* publicado por la Biblioteca Ayacucho en su Colección Clásica, N° 73 (1980). En esta edición el orden de los poemas no corresponde a la cronología tradicional. Un extracto del estudio de Carlos Augusto León titulado “Las piedras mágicas”, tomado del libro *Las piedras mágicas: hacia una interpretación de José Antonio Ramos Sucre* (1945), se incluye como presentación.

B.A.

Meditación inquieta

CONSEJO IMPORTANTE DE ORDEN INTELECTUAL PARA LORENZO RAMOS (CARTAS)

LO QUE SE ESCRIBE debe tener un solo adorno: el de la exactitud. Lo que se escribe no debe causar efecto, alarma en el lector, la expresión no debe sonar jamás a discurso, a elocuencia declamatoria y tribunicia. Nunca, en lo que se diga, haga o escriba, se debe llamar la atención. En este principio se fundan todas las virtudes sociales.

PRELUDIO

YO QUISIERA estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras.

Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve.

El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; mas yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.

LA ESPÍA

EL LICENCIADO escribe una breve novela de equivocaciones y de casos imprevistos, ocupando las demoras de una corte en donde juzga, mal remunerado y holgazán.

El licenciado no pernocta en la ciudad, sino en su contorno. Se retira a una casa de corredores largos y cámaras solemnes, revestidas de cal, agazapada en una aldea anónima. Los ingenuos lugareños reparan en la acedía de la faz.

El licenciado se repone del tedio inventando lances y perances. Imagina las ansias y las querellas de los amantes y las graba en letras indelebles. Reclina, de vez en cuando, la frente de pergaminos, llena de memorias, en la mano derecha. Prolonga la faena hasta el asomo de la mañana, bajo la mortecina luz de cera.

El licenciado abandona la pluma cuando la aurora muestra su cara de moza rubicunda.

Pasa al aderezo de su persona ante un espejo de Lorena, de esplendor mustio, y cuando retira los cabellos grises, observa a sus espaldas la calavera astuta de la muerte.



LA VIDA DEL MALDITO

YO ADOLEZCO de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal. Imagino constantemente la sensación del padecimiento físico, de la lesión orgánica.

Conservo recuerdos pronunciados de mi infancia, rememoro la faz marchita de mis abuelos, que murieron en esta misma vivienda espaciosa, heridos por dolencias prolongadas. Reconstituyo la escena de sus exequias, que presencié asombrado e inocente.

Mi alma es desde entonces crítica y blasfema; vive en pie de guerra contra los poderes humanos y divinos, alentada por la manía de la investigación; y esta curiosidad infatigable declara el motivo de mis triunfos escolares y de mi vida atolondrada y maleante al dejar las aulas. Detesto íntimamente a mis semejantes, quienes solo me inspiran epigramas inhumanos; y confieso que, en los días vacantes de mi juventud, mi índole destemplada y huraña me envolvía sin tregua en reyertas vehementes y despertaba las observaciones irónicas de las mujeres licenciosas que acuden a los sitios de diversión y peligro.

No me seducen los placeres mundanos y volví espontáneamente a la soledad, mucho antes del término de mi juventud, retirándome a esta mi ciudad nativa, lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral. Desde entonces no he dejado

esta mansión de colgaduras y de sombras. A sus espaldas fluye un delgado río de tinta, sustraído de la luz por la espesura de árboles crecidos, en pie sobre las márgenes, azotados sin descanso por un viento furioso, nacido de los montes áridos. La calle delantera, siempre desierta, suena a veces con el paso de un carro de bueyes, que reproduce la escena de una campiña etrusca.

La curiosidad me indujo a nupcias desventuradas, y casé improvisamente con una joven caracterizada por los rasgos de mi persona física, pero mejorados por una distinción original. La trataba con un desdén superior, dedicándole el mismo aprecio que a una muñeca desmontable por piezas. Pronto me aburrí de aquel ser infantil, ocasionalmente molesto, y decidí suprimirlo para enriquecimiento de mi experiencia.

La conduje con cierto pretexto delante de una excavación abierta adrede en el patio de esta misma casa. Yo portaba una pieza de hierro y con ella le coloqué encima de la oreja un firme porrazo. La infeliz cayó de rodillas dentro de la fosa, emitiendo débiles alaridos como de boba. La cubrí de tierra, y esa tarde me senté solo a la mesa, celebrando su ausencia.

La misma noche y otras siguientes, a hora avanzada, un brusco resplandor iluminaba mi dormitorio y me ahuyentaba el sueño sin remedio. Enmagrecí y me torné pálido, perdiendo sensiblemente las fuerzas. Para distraerme, contraí la costumbre de cabalgar desde mi vivienda hasta fuera de la ciudad, por las campiñas libres y llanas, y paraba el trote de la cabalgadura debajo de un mismo árbol envejecido, adecuado para una cita diabólica. Escuchaba en tal paraje murmullos dispersos y confusos, que no llegaban a voces. Viví así innumerables días hasta que, después de una crisis nerviosa que me ofuscó la razón, desperté clavado por la parálisis en esta silla rodante, bajo el cuidado de un fiel servidor que defendió los días de mi infancia.

Paso el tiempo en una meditación inquieta, cubierto, la mitad del cuerpo hasta los pies, por una felpa anchurosa. Quiero morir y busco las sugerencias lúgubres, y a mi lado arde constantemente este tenebrario, antes escondido en un desván de la casa.

En esta situación me visita, increpándome ferozmente, el espectro de mi víctima. Avanza hasta mí con las manos vengadoras en alto, mientras mi continuo servidor se arrincona de miedo; pero no dejaré esta mansión sino cuando sucumba por el encono del fantasma inclemente. Yo quiero escapar de los hombres hasta después de muerto, y tengo ordenado que este edificio desaparezca, al día siguiente de finar mi vida y junto con mi cadáver, en medio de un torbellino de llamas.

LA ALBORADA

EL REVUELO de las golondrinas impide la serenidad de la mañana celeste. Las aves seráficas observan su voto de júbilo y pobreza. Sugieren una emoción nostálgica y piadosa. Desaparecen repentinamente, inspirando la sospecha de acudir al llamamiento de un ermitaño benévolo y anciano.

Las iglesias vetustas de la ciudad episcopal, habitada por colegiales y doctores, conciertan ocasionalmente sus campanas.

El enfermo registra el contorno desde un balcón retirado profundamente en su casa hermética. Permanece, vestido de blanco, en una silla poltrona. Deja ver, en el rostro cándido y marchito, los efectos de un mal contraído desde la niñez.

Ha velado la noche entera, sintiendo los sonos de una orquesta lejana, a través del aire veleidoso. La música insinuaba el pasatiempo de la danza en una sala radiante.

El enfermo ha desechado la fe de sus mayores. Sobrelleva el ocio prolijo siguiendo el pensamiento de filósofos desolados y réprobos y penetrando los secretos de los idiomas antiguos, de belleza lapidaria. Rememora la amenaza de la fatalidad, las leyes inexorables del universo en estrofas de sonoridad latina.

El enfermo se envuelve la faz con un lienzo recogido de sus hombros. Quiere ocultar a las miradas de su criada afectuosa el sentimiento de su última composición y la dice en voz baja y suave.

El poeta se burla del privilegio del genio, merced diabólica transformada en cenizas. La calavera del símbolo domina en su canto de soledad y amargura y anuncia, por medio de una trompeta de bronce, la soberanía perenne del olvido.



EL SOPOR

NO PUEDO mover la cabeza amodorrada y vacía. El malestar ha disipado el entendimiento. Soy una piedra del paisaje estéril.

El fantasma de entrecejo imperioso vino en el secreto de la sombra y asentó sobre mi frente su mano glacial. A su lado se esbozaba un mastín negro.

He sentido, en su presencia y durante la noche, el continuo fragor de un trueno. El estampido hería la raíz del mundo.

La mañana me sobrecogió lejos de mi casa y bajo el ascendiente de la visión letárgica.

El sol dora mis cabellos y empieza a suscitar mis pensamientos informes.

Caído sobre el rostro, yo represento el simulacro de un adalid abatido sobre su espada rota, en una guerra antigua.

EL ROMANCE DEL BARDO

YO ESTABA proscrito de la vida. Recataba dentro de mí un amor reverente, una devoción abnegada, pasiones macerantes, a la dama cortés, lejana de mi alcance.

La fatalidad había signado mi frente.

Yo escapaba a meditar lejos de la ciudad, en medio de ruinas severas, cerca de un mar monótono.

Allí mismo rondaban, animadas por el dolor, las sombras del pasado.

Nuestra nación había perecido resistiendo las correrías de una horda inculta.

La tradición había vinculado la victoria en la presencia de la mujer ilustre, superviviente de una raza invicta. Debía acompañarnos espontáneamente, sin conocer su propia importancia.

La vimos, la vez última, víspera del desastre, cerca de la playa, envuelta por la rueda turbulenta de las aves marinas.

Desde entonces, solamente el olvido puede enmendar el deshonra de la derrota.

La yerba crece en el campo de batalla, alimentada con la sangre de los héroes.

SUEÑO

MI VIDA había cesado en la morada sin luz, un retiro desierto, al cabo de los suburbios. El esplendor débil, polvoso, de las estrellas, más subidas que antes, abocetaba apenas el contorno de la ciudad, sumida en una sombra de tinte horrendo. Yo había muerto al mediar la noche, en trance repentino, a la hora misma designada en el presagio. Viajaba después en dirección ineluctable, entre figuras tenues, abandonado a las ondulaciones de un aire gozoso, indiferente a los rumores lejanos de la tierra. Llegaba a una costa silenciosa, bruscamente, sin darme cuenta del tiempo veloz. Posaba en el suelo de arena blanca, marginado por montes empinados, de cimas perdidas en la altura infinita. Delante de mí callaba eternamente un mar inmóvil y cristalino. Una luz muerta, de aurora boreal, nacida debajo del horizonte, iluminaba con intensidad fija el cielo sereno y sin astros. Aquel paraje estaba fuera del universo y yo lo animaba con mi voz desesperada de confinado.

ELOGIO DE LA SOLEDAD

PREBENDA del cobarde y del indiferente reputan algunos la soledad, oponiéndose al criterio de los santos que renegaron del mundo y que en ella tuvieron escala de perfección y puerto de ventura. En la disputa acreditan superior sabiduría los autores de la opinión ascética. Siempre será necesario que los cultores de la belleza y del bien, los consagrados por la desdicha se acojan al mudo asilo de la soledad, único refugio acaso de los que parecen de otra época, desconcertados con el progreso. Demasiado altos para el egoísmo, no le obedecen muchos que se apartan de sus semejantes. Opuesta causa favorece a menudo tal resolución, porque así la invocaba un hombre en su descargo:

La indiferencia no mancilla mi vida solitaria; los dolores pasados y presentes me conmueven; me he sentido prisionero en las ergástulas; he vacilado con los ilotas ebrios para inspirar amor a la templanza; me sonrojo de afrentosas esclavitudes; me lastima la melancolía invencible de las razas vencidas. Los hombres cautivos de la barbarie musulmana, los judíos perseguidos en Rusia, los miserables hacinados en la noche como muertos en la ciudad del Támesis, son mis hermanos y los amo. Tomo el periódico, no como el rentista para tener noticias de su fortuna, sino para tener noticias de mi familia, que es toda la humanidad. No rehúyo mi deber de centinela de cuanto es débil y es bello, retirándome a la celda del estudio; yo soy el amigo de los paladines que buscaron

vanamente la muerte en el riesgo de la última batalla larga y desgraciada, y es mi recuerdo desamparado ciprés sobre la fosa de los héroes anónimos. No me avergüenzo de homenajes caballerescos ni de galanterías anticuadas, ni me abstengo de recoger en el lodo del vicio la desprendida perla de rocío. Evito los abismos paralelos de la carne y de la muerte, recreándome con el afecto puro de la gloria; de noche en sueños oigo sus promesas y estoy, por milagro de ese amor, tan libre de lazos terrenales como aquel místico al saberse amado por la madre de Jesús. La historia me ha dicho que en la Edad Media las almas nobles se extinguieron todas en los claustros, y que a los malvados quedó el dominio y población del mundo; y la experiencia, que confirma esta enseñanza, al darme prueba de la veracidad de Cervantes que hizo estéril a su héroe, me fuerza a la imitación del Sol, único, generoso y soberbio.

Así defendía la soledad uno, cuyo afligido espíritu era tan sensible, que podía servirle de imagen un lago acorde hasta con la más tenue aura, y en cuyo seno se prolongaran todos los ruidos, hasta sonar recónditos.

ENTONCES

SUEÑO QUE SOPLA una violenta ráfaga de invierno sobre tus cabellos descubiertos, oh niña, que transitas por la nevada urbe monstruosa, a donde todavía joven espero llegar, para verte pasar. Te reconoceré al punto, no me sorprenderá tu alma atormentada y exquisita, tu cuerpo endeble ni tu azul mirada; he presentido tus manos delicadas y exangües, he adivinado tu voz que canta y tu gentil andar. El día de nuestro encuentro será igual a cualquiera de tu vida: te veré buscando paso entre la muchedumbre de transeúntes y carruajes que llena con su tumulto la calle y con su ruido el aire frío. La calle ha de ser larga, acabará donde se junten lejanas neblinas; la formará una doble hilera de casas sin ningún intervalo para viva arboleda; la harán más tediosa enormes edificios que niegan a la vista el acceso del cielo. Lejos de la ciudad nórdica estarán para entonces los pájaros que la alegraban con su canto y olvidado estará el sol; para que reine la luz artificial con su lívido brillo, lo habrán sepultado las nubes, cuyo horror aumenta la industria con el negro aliento de sus fauces.

Entonces y allí será la última hora de esta mi juventud transcurrida sin goces. Habré ido a experimentar en la ciudad extraña y septentrional la amargura de su despedida y el desconsuelo de su eterno abandono. Para sufrir el ocaso de la juventud ya estaré preparado por la partida de muchas ilusiones y el desvanecimiento de muchas esperanzas. En mi memoria dolerá el recuerdo de imposibles afectos

y en mi espíritu pesará el cansancio de vencidos anhelos. Y ya no aspiraré a más: habré adaptado mis ojos al feo mundo, y cerrado mi puerta a la humanidad enemiga. Mi mansión será para otros impenetrable roca y para mí firme cárcel. Estoico orgullo, horrenda soledad habré alcanzado. En torno de mi frente flotarán los cabellos grises, grises cual la ceniza de huérfanos hogares.

De lejos habré llegado con el eterno, hondo pesar, el que nació conmigo en el trópico ardiente y que me acompaña como la conciencia de vivir. Un pesar no calmado con la maravilla de los cielos y de los mares nativos perpetuamente luminosos, ni con el ardor ecuatorial de la vida, que me ha rodeado exuberante y que solo en mí languidece. Los años habrán pasado sin amortiguar esta sensibilidad enfermiza y doliente, tolerable a quien pueda tener la única ocupación de soñar, y que desgraciadamente, por el áspero ataque de la vida, es dentro de mí como una cuerda a punto de romperse en dolorosa tensión. La sensibilidad que del adverso mundo me hace huir al solitario ensueño, se habrá hecho más aguda y frágil al alejarse gravemente mi juventud con la pausada melancolía de la nave en el horizonte vespertino.

Al encontrarte, quedaremos unidos por el convencimiento de nuestro destierro en la ciudad moderna que se atormenta con el afán del oro. Ese día, demasiado tarde, el último de mi juventud, en que despertarán, como fantasmas, recuerdos semimueertos al formar el invierno la mortaja de la tierra, será el primero de nuestro amor infinito y estéril. Unidos en un mismo ensueño, huiremos del mundo, cada día más bárbaro y avaro. Huiremos en un vuelo, porque nuestras vidas terminarán sin huellas, de tal modo que este será el epitafio de nuestro idilio y de nuestra existencia: pasaron como sonámbulos sobre la tierra maldita.

DISCURSO DEL CONTEMPLATIVO

AMO LA PAZ y la soledad; aspiro a vivir en una casa espaciosa y antigua donde no haya otro ruido que el de una fuente, cuando yo quiera oír su chorro abundante. Ocuparé el centro del patio, en medio de árboles que, para salvar del sol y del viento el sueño de sus aguas, enlazarán las copas gemebundas. Recibiré la única visita de los pájaros que encontrarán descanso en mi refugio silencioso. Ellos divertirán mi sosiego con el vuelo arbitrario y el canto natural; su simpleza de inocentes criaturas disipará en mi espíritu la desazón exasperante del rencor, aliviando mi frente el refrigerio del olvido.

La devoción y el estudio me ayudarán a cultivar la austeridad como un asceta, de modo que ni interés humano ni anhelo terrenal estorbará las alas de mi meditación, que en la cima solemne del éxtasis descansarán del sostenido vuelo; y desde allí divisará mi espíritu el ambiguo deslumbramiento de la verdad inalcanzable.

Las novedades y variaciones del mundo llegarán mitigadas al sitio de mi recogimiento, como si las hubiera amortecido una atmósfera pesada. No aceptaré sentimiento enfadoso ni impresión violenta: la luz llegará hasta mí después de perder su fuego en la espesa trama de los árboles; en la distancia acabará el ruido antes que invada mi apaciguado recinto; la oscuridad servirá de resguardo a mi quietud; las cortinas de la sombra circundarán el lago diáfano e imperturbable del silencio.

Yo opondré al vario curso del tiempo la serenidad de la esfinge ante el mar de las arenas africanas. No sacudirán mi equilibrio los días espléndidos de sol, que comunican su ventura de donceles rubios y festivos, ni los opacos días de lluvia que ostentan la ceniza de la penitencia. En esa disposición ecuánime esperaré el momento y afrontaré el misterio de la muerte.

Ella vendrá, en lo más callado de una noche, a sorprenderme junto a la muda fuente. Para aumentar la santidad de mi hora última, vibrará por el aire un beato rumor, como de alados serafines, y un transparente efluvio de consolación bajará del altar del encendido cielo. A mi cadáver sobrá por tardía la atención de los hombres; antes que ellos, habrán cumplido el mejor rito de mis sencillos funerales el beso virginal del aura despertada por la aurora y el revuelo de los pájaros amigos.



LA CIUDAD DE LOS ESPEJISMOS

YO CULTIVO las memorias de mi niñez mediatunda. Un campanario invisible, perdido en la oscuridad, sonaba la hora de volver a casa de recogerme en el aposento.

Ruidos solemnes interrumpían a cada paso mi sueño. Yo creía sentir el desfile de un cortejo y el rumor de sus preces. Se dirigía a la tumba de un héroe, en el convento de unos hermanos inflexibles, y transitaba la calle hundida bruscamente en el río lánguido.

Yo me incorporaba de donde yacía, atinaba un camino entre los muebles del estrado, sala de las ceremonias, y abría en secreto las ventanas. Porfiaba inútilmente en distinguir el cortejo funeral. Una vislumbre desvariada recorría los cielos.

No puedo señalar el número de veces de mi despertamiento y vana solicitud. Recuperaba a tientas mi dormitorio, después de restablecer el orden en las alhajas de la sala. Un insecto diabólico provocaba mi enfado ocultándose velozmente en la espesura de la alfombra.

La ruina de las paredes había empolvado la sala desierta. Mis abuelos, enfáticos y señoriles, no recibían sino la visita de la muerte.

Yo no alcanzaba a desprenderme de los fantasmas del sueño en el curso de la vigilia. La mañana invadía de tintes lívidos mi balcón florido y yo reposaba la vista en una lontananza de sauces indiferentes, en un ensueño de Shakespeare.

EL DESESPERADO

YO REGABA de lágrimas la almohada en el secreto de la noche. Distinguía los rumores perdidos en la oscuridad firme.

Había caído, un mes antes, herido de muerte en un lance comprometido.

La mujer idolatrada rehusaba aliviar, con su presencia, los dolores inhumanos.

Decidí levantarme del lecho, para concluir de una vez la vida intolerable y me dirigí a la ventana de recios balaustres, alzada vertiginosamente sobre un terreno fragoso.

Esperaba mirar, en la crisis de la agonía, el destello de la mañana sobre la cúspide serena del monte.

Provoqué el rompimiento de las suturas al esforzar el paso vacilante y desfallecí cuando sobrevino el súbito raudal de sangre.

Volví en mi acuerdo por efecto de la diligencia de los criados.

He sentido el estupor y la felicidad de la muerte. Un aura deliciosa, viajera de otros mundos, solazaba mi frente e invitaba al canto los cisnes del alba.

VISIÓN DEL NORTE

LA MOLE de nieve navega al impulso del mar desenfrenado, mostrando el iris en cada ángulo diáfano. Tiembla como si la sacudiera desde abajo el empuje de pechos titánicos; pero la trepidación no ahuyenta al ave, retirada y soberbia en lo más alto del bloque errabundo; antes engrandece su actitud extraña, como de centinela que avista el peligro, observando una ancha zona.

Las ráfagas fugaces no alcanzan a rizar el plumaje ni los tumbo de la ola asustan la testa inmóvil del pájaro peregrino, cuyo reposo figura el arrobo de los penitentes. Boga imperturbable a través del océano incierto, bajo la atmósfera destemplada, interrogando horizontes provisorios.

El ave no despide canto alguno, sino conserva la mudez temerosa y de mal agüero que exalta en leyendas y tragedias la aparición y la conducta de los personajes prestigiadores y vengativos, los que por el abandono de la risa y de la palabra excluyen la simpatía humanitaria y la llaneza familiar.

A vueltas de largo viaje, circulan aromas tibios y rumores vagos, y ruedan olas abrasadas por un sol flagrante, las que atacan y deshacen la balumba de hielo, con la porfiada intención de las sirenas opuestas al camino de un barco ambicioso.

El panorama se diversifica desde ahora con el regocijo de los colores ardientes, y con la delicia de los árboles vivaces y de las playas bulliciosas, descubriendo al ave su extravío, precaviéndola

de conocer tórridas lontananzas, aconsejándole el regreso al páramo nativo; el ave se desprende en largo vuelo, y torna a presidir, desde cristalina cúspide, el concierto de la soledad polar.

EL RESIDUO

YO DECLINÉ mi frente sobre el páramo de las revelaciones y del terror, donde no se atreve el rocío imparcial de la parábola.

Salí a una ciudad ilustre y las vírgenes cerraban su ventana al acento de mi laúd siniestro.

Una forma casta, de origen celeste, depositaba en mis cabellos su beso glacial. Acudía a través de mi sueño de proscrito, a mi cama de piedra, fosa de Job, abismo de dolores de Leopardi. ¿Se habrán lastimado sus pies de azahar?

Un árbol, emisario de la tormenta, azota el horizonte con su rama desnuda en el curso del día monótono. Mi voz te ha ahuyentado de mi duro camino, ave procelaria, cenit de la cúpula del cielo.

Ginebra, marzo de 1930.

ELALIVIO

YO HABÍA crecido bajo la encomienda de mi hermano mayor.

Jamás salí de casa a divertirme con los niños de mi edad en la plaza vecina.

Las ventanas del contorno permanecían cerradas y ninguna doncella se asomaba a mirar el parque silencioso. Las ramas de los árboles centenarios bajaban hasta el suelo, relajadas por el agua. Yo recordaba los sauces fluviales en donde suspendían el salterio, un día de nostalgia, los hijos de Sión.

Los niños se enfermaban de trajinar y corretear sobre la yerba infecta. Sus voces circulaban apenas en el aire torpe.

Yo ignoraba las tradiciones de mi familia y cómo se había extinguido en mi casa infausta. Quedé sumido en la incertidumbre después de la muerte de mi hermano. Él vivía hosco y taciturno, perdido en el vicio del alcohol, y no se permitía conmigo ninguna efusión. Se vestía de paños raídos y de color negro. Era, a un mismo tiempo, sombrío y bondadoso.

Entró de la calle y se encerró, para morir, en la sala donde acostumbraba reservarse. Me dejó un papel sobre la tapa de un piano inválido.

Concebí un dolor íntimo y sin desahogo y pasaba horas continuas de la noche descifrando su expresión incoherente a la luz de un farol de la plaza, cercado por un halo de humedad.

El empeño de calar su pensamiento y el recuerdo de su generosidad llegaron a desecarme y me inspiraron el deseo de seguirlo.

Sentí, por vez primera, el afecto a la vida cuando se deshizo en mis manos la carta pulverulenta.



EL PRESIDARIO

LA ALDEA en donde pasé mi infancia no llegaba a crecer y a convertirse en ciudad. Las casas de piedra defendían difícilmente de la temperatura glacial. Habían sido trabajadas conforme un solo modelo desusado.

Durante el breve estío dejaba a mi padre en su retiro habitual y salía fuera de poblado a correr tras de unos ánades holgados en la pradera. Yo esperaba alcanzarlos en su fuga a ras del suelo. Mis vecinos indolentes no se ocupaban de perseguirlos.

No podía intentar otro medio de cazar las aves sino el de apresarlas con la mano. Yo carecía de arco y de honda y las piedras no se daban en aquel distrito.

Mi padre vino a morir de una fiebre exigua y tenaz. Se había visto en el caso de beber el agua de las ciénagas. Su organismo se redujo a la voz cavernosa y a los ojos brillantes. Proveyó hasta el último aliento a mi invalidez de niño.

Habría perecido de inanición si no me socorre un militar destinado a guarnecer un pueblo más ameno, asentado en una rada espaciosa. Me tomó de la mano el día del entierro y me llevó consigo. Los murmuradores me llamaban el hijo del deportado.

Yo crecí a la sombra del militar caritativo. Se violentaba al verme desidioso y pusilánime. Yo me resistí a seguirlo cuando le retiraron el nombramiento y lo pasaron a un puerto del Mar Negro. La pesadumbre le impedía hablar cuando me abrazó por última vez.

Caí desde ese momento en la mendicidad. Los consejos de un perdulario me alentaron al delito y me trajeron al presidio. Dedico las horas usuales del día a trasportar unas piedras graves de alzar hasta el hombro.

El consejero de mi infortunio me visita en el curso de la noche inmóvil, cuando yazgo sobre el suelo de mi celda. Me fascina de un modo perentorio con los sonos de su flauta originada de la tibia de un ahorcado.

LA CUITA

LA ADOLESCENTE viste de seda blanca. Reproduce el atavío y la suavidad del alba. Observa, al caminar, la reminiscencia de una armonía intuitiva. Se expresa con voz jovial, timbrada para el canto en una fiesta de la primavera.

Yo escucho las violas y las flautas de los juglares en la sala antigua. Los sones de la música vuelan a zozobrar en la noche encantada, sobre el golfo argentado.

El aventurero de la cota roja y de las trusas pardas arma asechanzas y redes contra la doncella, acerbando mis dolores de pros-crito.

La niña asiente a una señal maligna del seductor. Personas de rostro desconocido invaden la sala y estorban mi interés. Los juglares celebran, con una música vehemente, la fuga de los enamorados.



EL RAJÁ

YO ME EXTRAVIÉ, cuando era niño, en las vueltas y revueltas de una selva. Quería apoderarme de un antílope recental. El rugido del elefante salvaje me llenaba de consternación. Estuve a punto de ser estrangulado por una liana florecida.

Más de un árbol se parecía al asceta insensible, cubierto de una vegetación parásita y devorado por las hormigas.

Un viejo solitario vino en mi auxilio desde su pagoda de nueve pisos. Recorría el continente dando ejemplos de mansedumbre y montado sobre un búfalo, a semejanza de Lao-Tsé, el maestro de los chinos.

Pretendió guardarme de la sugestión de los sentidos, pero yo me rendía a los intentos de las ninfas del bosque.

El anciano había rescatado de la servidumbre a un joven fiel. Lo compadeció al verlo atado a la cola del caballo de su señor.

El joven llegó a ser mi compañero habitual. Yo me divertía con las fábulas de su ingenio y con las memorias de su tierra natal. Le prometí conservarlo a mi lado cuando mi padre, el rey juicioso, me perdonase el extravío y me volviese a su corte.

Mi desaparición abrevió los días del soberano. Sus mensajeros dieron conmigo para advertirme su muerte y mi elevación al solio.

Olvidé fácilmente al amigo de antes, secuaz del eremita. Me

abordó para lamentarse de su pobreza y declararme su casamiento y el desamparo de su mujer y de su hijo.

Los cortesanos me distrajeron de reconocerlo y lo entregaron al mordisco sangriento de sus perros.

EL EMIGRADO

QUEDÉ SOLO con mi hijo cuando la plaga mortífera hubo devastado la capital del reino venido a menos. Él no había pasado de la infancia y me ocupaba el día y la noche.

Yo concebí y ejecuté el proyecto de avecindarme en otra ciudad, más internada y en salvo. Tomé al niño en brazos y atravesé la sabana inficionada por los efluvios de la marisma.

Debía pasar un pequeño río. Me vi forzado a disputar el vado a un hombre de estatura aventajada, cabellos rojos y dientes largos. Su faz declaraba la desesperación.

Yo lo compadecí a pesar de su actitud impertinente y de su discurso injurioso.

Pude alojarme en una casa deshabitada largo tiempo y acomodé al niño en una cámara de tapices y alfombras. Él padecía una fiebre lenta y delirios manifestados en gritos.

El mismo hombre importuno vino a ofrecerme, después de una noche de angustia, el remedio de mi hijo. Lo ofrecía a un precio exorbitante, burlándose interiormente de mis recursos exigüos. Me vi en el caso de despedirlo y de maldecirlo.

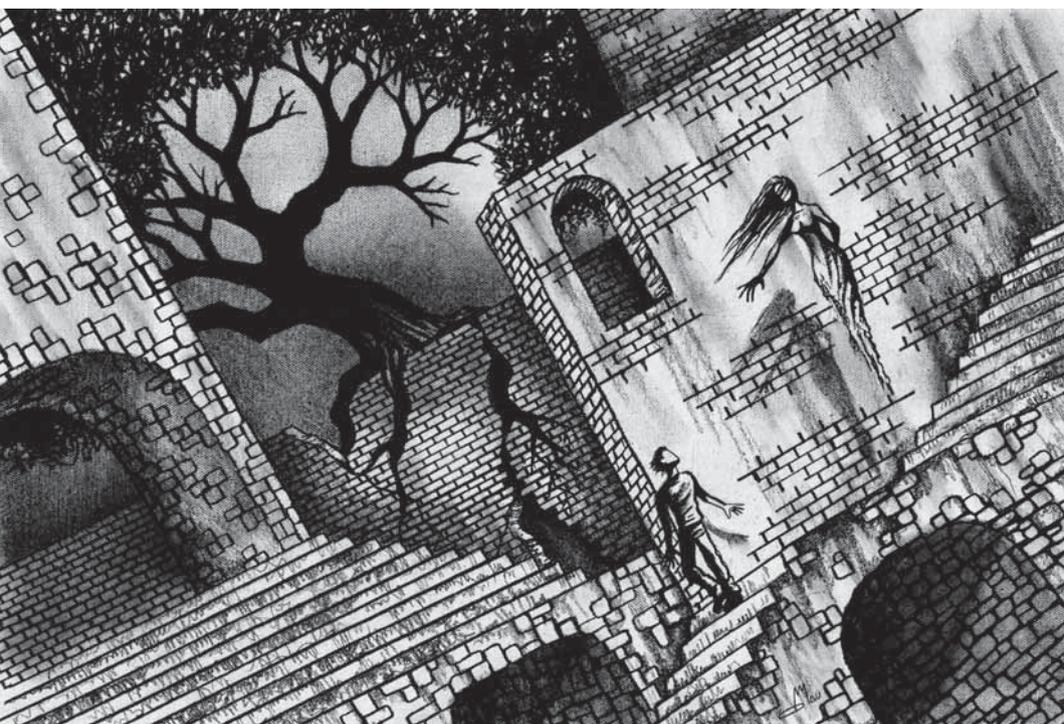
Pasé ese día y el siguiente sin socorro alguno.

Yo velaba cerca del alba, en la noche hostil, cuando sentí en la puerta de la calle, una serie de aldabonazos vehementes.

Me asomé por la ventana y solo vi la calle anegada en sombras.

Mi hijo moría en aquel momento.

El hombre de carácter cetrino había sido el autor del ruido.



LA CIUDAD

YO VIVÍA en una ciudad infeliz, dividida por un río tardo, encajinado al ocaso.

Sus riberas, de árboles inmutables, vedaban la luz de un cielo dificultoso.

Esperaba el fenecimiento del día ambiguo, interrumpido por los aguavientos. Salía de mi casa desviada en demanda de la tarde y sus vislumbres.

El sol declinante pintaba la ciudad de las ruinas ultrajadas.

Las aves pasaban a reposar más adelante.

Yo sentía las trabas y los herros de una vida impedida. El fantasma de una mujer, imagen de la amargura, me seguía con sus pasos infalibles de sonámbula.

El mar sobresaltaba mi recogimiento, socavando la tierra en el secreto de la noche. La brisa desordenaba los médanos, cegando los arbustos de un litoral bajo, terminados en una flor extenuada.

La ciudad, agobiada por el tiempo y acogida a un recodo del continente, guardaba costumbres seculares. Contaba aguadores y mendigos, versados en proverbios y consejas.

El más avisado de todos instaba mi atención refiriendo la semejanza de un apólogo hindú. Consiguió acelerar el curso de mi pensamiento, volviéndome en mi acuerdo.

El aura prematinal refrescaba esforzadamente mi cabeza calenturienta, desterrando las volaterías de un sueño confuso.

LA PARVULISTA

LOS NIÑOS fallecidos antes del bautismo saludan la aparición de la luna, el numen infernal de tres visajes, y son los duendes inquietos y malignos. Vuelven a ser, cuando nace el día, hongos, parasoles del diablo.

Una bruja los disciplina cruelmente y los precave de las ceremonias y de los símbolos del cristianismo.

La novicia de casto perfil desea salvar la hueste de los niños infelices y sale del convento, armada de resolución. La Virgen María ha consentido en llenar su ausencia, vistiéndose de su persona, según se cuenta a cada paso en la Edad Media.

La novicia reprende a la bruja pérfida y le prohíbe despojarse de su figura de lechuza, mensajera de la esterilidad.

Arrastra consigo la muchedumbre de los inocentes y los reconcilia con la fe de Cristo. No incurrieron en travesuras ni dieron más noticia de su existencia después de amaestrados en cantar las alabanzas de María.

DUELO DE ARRABAL

EN LA POBRE vivienda de suelo desnudo, alumbrada con una lámpara mezquina, las mujeres se congregaron a llorar. Fuertes o extenuados alternativamente, no cesaban los trémulos sollozos, palabras ahogadas y confusas escapaban de los pechos sacudidos, gestos de dolor suplicaban a los cielos mudos. En torno de un pequeño ataúd crecía el clamor y llegaba al delirio; contenía el cuerpo de un niño arrebatado por la muerte a la vida de arrabal. Hacia un rincón estaban reunidos en haz los juguetes recién abandonados, junto a los pobres útiles de industrias femeninas, y, en irónica ofrenda a los pies del Crucifijo, las drogas sobre la mesa descubierta. Nobles sacrificios fracasaron en resguardo de su vida: el consumo del ahorro miserable, los días de zozobra, las noches de vigilia. Aquel día, cuando la oscuridad prosperaba hasta en el ocaso tinto de sangrante sol, vino la muerte al amparo de las sombras leves y benignas, con fría palidez sellando su victoria.

Vino a aquella mansión, como a otras muchas; un mal tremendo, como aquel que de orden divina diezma los primogénitos de Egipto, apenas dejó casa pobre sin luto. Por su influjo tuvieron de cuna el seno de la tierra innumerables niños, despedidos por coros gemebundos, lamentados con llanto breve y clamoroso, el llanto de quienes en la vida sin paz tienen peor enemigo que la muerte.

Siguiendo el general destino de los tristes que, con la urgente pobreza, desconocen el deleite del recuerdo lloroso, los dolientes

de la pobre vivienda, alumbrada con una lámpara mezquina, también se lamentaron con desesperanza pasajera. Las voces roncadas gimieron hasta la partida del pequeño cadáver; pero el olvido, ante el esperado afán del día siguiente, hizo invasión con el sosiego de la primera noche augusta y encendida.

DEL SUBURBIO

LA MISERIA nos había reducido a un sótano. Yo sufría a cada paso la censura de mis culpas.

Conservo la satisfacción de no haber ultrajado a mi consorte ni a mis hijos cuando gemían en la oscuridad. El vicio no me negaba a la misericordia.

Enfermaron y murieron de un mal indescifrable, tórpido. Una fiebre, efecto de la vivienda malsana, les suprimió el sentido.

Me he consolado al recordar la agonía del niño superviviente. Se imaginaba con bastante vivacidad el temple de ese día, el primero del año, y señalaba el sol cárdeno y el cielo desnudo. Una figura lo seducía desde un trineo veloz, de campanillas de plata.

Su madre le había descrito una escena parecida antes de abandonarlo en este mundo.



EL BEJÍN

YO VIVÍA a la sombra de una iglesia en la ciudad devota. El aire de un cielo desvanecido soliviantaba el polvo y lo difundía en el ámbito severo.

Yo me encenagaba en los placeres de una vida libre y perdía el sentido sorbiendo a solas un licor depravado.

Yo pertenecía a una fraternidad de pillos y me criaba y me servía de su renombre. No conseguí desempeñarme con lucimiento y refería gatadas, robos pusilánimes.

El más fiel de mis compañeros me dirigió en el asalto de un palacio. La aventura se convirtió en mi arrepentimiento y en la pérdida de su vida. Fue precipitado desde un ventanal.

Yo recogí en mi desván, esa misma noche, un niño lacerado. Me llamaba soplando hipos y zollipos de lástima y desconsuelo. Yo maldije sus ojos redondos y su nariz de cigüeña. Su cabeza era un monte de pelo contumaz.

Me esforcé en facilitar su vida y en prosperar su infancia y lo rodeaba con la solicitud de un filántropo. Me enfadó con su voracidad y su carácter espinoso y lo despedí llenándolo de golpes.

El atropello de mi impaciencia trajo, según mis conjeturas, un desenlace rápido. Yo porfío en sustentar la identidad del amigo frecuente con el niño perverso.

Mi captura por los ministriles de la justicia sobrevino el día siguiente de mi rabia. Fui instado a la confesión por medio del

azote y de la rueda. El cirujano me retiró de la cámara del suplicio cuando el síncope amenazaba la muerte.

El juez se deslizó a compadecerme y festejó el auxilio de una persona en el descubrimiento de mi celda. Reprodujo el ademán y los hábitos de mi consejero de antes.

EL RESFRÍO

HE LEÍDO en mi niñez las memorias de una artista del violonchelo, fallecida lejos de su patria, en el sitio más frío del orbe. He visto la imagen del sepulcro en un libro de estampas. Una verja de hierro defiende el hacinamiento de piedras y la cruz bizantina. Una ráfaga atolondrada vierte la lluvia en la soledad.

La heroína reposa de un galope consecutivo, espanto del zorro vil. El caballo estuvo a punto de perecer en los lazos flexibles de un bosque, en el lodo inerte.

La artista arrojó desde su caballo al sórdido río de China un vaso de marfil, sujeto por medio de un fiador, e ingirió el principio del cólera en la linfa torpe. Allí mismo cautivó y consumió unos peces de sabor terrizo. La heroína usaba de modo preferente el marfil eximio, la materia del olifante de Roldán.

Un sol de azufre viajaba a ras del suelo en la atmósfera de un arenal lejano y un soplo agudo, mensajero de la oscuridad invisible, esparció una sombra de terror en el cauce inmenso.

EL REAL DE LOS CARTAGINESES

LOS ENEMIGOS nos atacaban a mansalva, desde sus montes y derrocaderos. Las peñas de aquel lugar simulaban monolitos y columnas e igualaban, cuando menos, la estatura de un hombre.

Los cirujanos, imperturbables ante el lamento de los heridos, trabajaban día y noche extrayendo las flechas más insidiosas, provistas de uñas laterales en forma de anzuelo.

Uno de aquellos hombres bajó, en el secreto de la noche, hasta el pabellón de nuestro caudillo y le dio muerte sin provocar sospecha ni alarma. Nosotros admirábamos un sueño tan prolongado.

Capturamos al invasor cuando escapaba a su satisfacción, dejando muy atrás la raya de nuestro campo. Resistió, sin exhalar una queja, los suplicios más esmerados. No se inmutó cuando el verdugo, asistente de los cirujanos, le cercenó las manos y le soldó las arterias aplicando un hierro candente.

Los próceres del ejército se juntaron en senado venerable para escoger el nuevo caudillo. Uno de ellos optaba por el nombramiento de un jefe despreocupado y listo, capaz de remediar los ahogos del soldado. Veía en la juventud la garantía de la victoria y se esforzó hasta sacarme preferido.

Yo era el más joven de los capitanes.

LA ARISTOCRACIA DE LOS HUMANISTAS

CARENCIA de objetividad, lo que multiplica los dictámenes personales, como si de opiniones no constara el tesoro de austeras disciplinas humanas. Flojo enlace, consecuencia problemática entre los acontecimientos, falta de regularidad que engaña a la previsión. He aquí los argumentos de quienes reducen la historia a simple entretenimiento literario, donde cada autor de respeto marca su estampa, enriqueciendo más la diversidad del mundo.

La historia puede merecer el majestuoso nombre de ciencia, desde que esta, despojada de lo absoluto y allanada a tarea más humilde, renuncia a explicar y antever y se reduce a describir.

La historia como pasatiempo estético es parecer de humanistas. Los hombres del Renacimiento repetían en la escritura de ella la grandiosa unidad del poema épico, y ejecutaban una y otra empresa literaria bajo el dictado de la misma musa. Seguían otras veces el curso de los acontecimientos, para exponerlos a guisa de ejemplos, con fines de moral práctica para uso de los príncipes. Prestaban a los personajes en consejo discursos armados de sutilezas y figuras, como en torneo de escuelas. Atribuían a los caudillos de la batalla arengas razonadas o briosas que tenían de Tito Livio o de Homero. Cerraban el comentario a los sucesos estampando con duro buril de hierro la grave sentencia escapada a la ceñuda concisión de Tácito.

Jamás se ha tratado la historia, como entonces, con tan fincuria, como para público de artistas. Los personajes son todos héroes, y hablan extraordinario lenguaje sobre un tablado trágico. Desde aquí amonestan a caballeros y monarcas. La Edad Media contribuye con la parte más principal al brote del Renacimiento. Aporta el entono caballeresco, el menosprecio casi feroz hacia el villano, sentimientos más benéficos para el culto del arte que todo el primor de la erudición grecolatina. Los letrados se alejan hoscos e inhumanos de la plebe. Escriben historia a modo de epopeya, o con moraleja que no sirve a la turba de los mortales. Plagan, por lo mismo, las literaturas de la época con aquellos modos de expresión, raros y artificiosos, que sedujeron a Góngora, entre muchos. Eran, en suma, estilos y temperamentos cortesanos y heroicos, en los cuales se reiteraba el Feudalismo.

EL CANTO ANHELANTE

EL CASTILLO surge a la orilla del mar. Domina un ancho espacio, a la manera del león posado frente al desierto ambiguo. Al pie de la muralla tiembla el barco del pirata con el ritmo de la ola.

El vuelo brusco y momentáneo de la brisa recuerda el de las aves soñolientas. Sube la luna, pálida y solemne, como la víctima al suplicio.

Con la alta hora y el paisaje límpido despierta la nostalgia del cautivo y se lastima el soldado. Mueve a lágrimas alguna extraña y ondulante música. La contraría con rudos acentos, con amargura de irritados trenos un cántico ansioso que tiene el ímpetu recto de la flecha disparada contra un águila.

EL REZAGADO

LA TEMPESTAD invade la noche. El viento imita los resoplidos de un cetáceo y bate las puertas y ventanas. El agua barre los canales del tejado.

He dejado mi lecho, y me he asomado, por mirar la calle, a la ventana de la sala en ruinas. Los meteoros alumbran un panorama blanco.

Estoy a solas en la oscuridad restablecida, velando el sueño de la tierra.

Mis compañeros, avezados al trajín de estepas y desiertos, me abandonaron pérfidamente en esta aldea, etapa de jornada arriesgada. Rehusaron admitirme al aprovechamiento de sus riquezas, guardando para sí solos el secreto de sus metales y piedras. Mentaban un lago verde y salobre, escondido en una selva de pinos, amenazada por la brumazón.

La aldea es el campamento de una banda feroz. Hombres de tez amarillenta circulan inquietos, la espada en el puño, calado el sombrero cónico.

Aliento la esperanza de volver a mi suelo meridional, cerca del mar bruñido por el sol.

He tratado mi fuga con un hombre menesteroso, de la aviltada raza aborigen.

Ofrece conducirme por caminos desusados, a espaldas de saltadores homicidas.

Él y yo escaparemos definitivamente de este lugar, donde las víctimas escarpiadas invitan las aves de rapiña, criadas entre las nubes torvas.



EL FUGITIVO

HUÍA ANSIOSAMENTE, con pies doloridos, por el descampado. La nevisca mojaba el suelo negro.

Esperaba salvarme en el bosque de los abedules, incurvados por la borrasca.

Pude esconderme en el antro causado por el desarraigo de un árbol. Compuse las raíces manifiestas para defenderme del oso pardo, y despedí los murciélagos a gritos y palmadas.

Estaba atolondrado por el golpe recibido en la cabeza. Pade-cía alucinaciones y pesadillas en el escondite. Entendí escaparlas corriendo más lejos.

Atravesé el lodazal cubierto de juncos largos, amplectivos, y salí a un segundo desierto. Me abstenía de encender fogata por miedo de ser alcanzado.

Me acostaba a la intemperie, entumecido por el frío. Entreveía los mandaderos de mis verdugos metódicos. Me seguían a caballo, socorridos de perros negros, de ojos de fuego y ladrido feroz. Los jinetes ostentaban, de penacho, el hopo de una ardita.

Divisé, al pisar la frontera, la lumbre del asilo, y corrí a agazaparme a los pies de mi dios.

Su imagen sedente escucha con los ojos bajos y sonrío con dulzura.

LA NOCHE

YO ESTABA perdido en un mundo inefable. Un bardo inglés me había referido las visiones y los sueños de Endimión, señalándome su desaparecimiento de entre los hombres y su partida a una lejanía feliz.

Yo no alcanzaba la suerte del pastor heleno. Recorría el camino esbozado en medio de una selva, hacia el conjunto de unas rocas horizontales, simulacro distante de una vivienda. Desde la espesura, amenazaban y rugían las alimañas usadas por los magos de otro tiempo en ministerios perniciosos.

Un escarabajo fosforescente se colgó de mis hombros. Yo había distinguido su imagen sobre la tapa de un féretro, en la primera sala de un panteón cegado.

La luna mostraba la faz compasiva y llorosa de Cordelia y yo gobernaba mis pasos conforme su viaje erróneo.

Salí a la costa de un mar intransitable y fui invitado y agasajado por una raza de pescadores meditabundos. Suspendían las redes sobre los matojos de un litoral austero y vivían al aire libre, embelesados por una luz cárdena difundida en la atmósfera. Hollaban un suelo de granito, el más viejo de la tierra.

EL NÓMADE

YO PERTENECÍA a una casta de hombres impíos. La yerba de nuestros caballos vegetaba en el sitio de extintas aldeas, igualadas con el suelo. Habíamos esterilizado un territorio fluvial y gozábamos llevando el terror al palacio de los reyes vestidos de faldas, entretenidos en juegos sedentarios de previsión y de cálculo.

Yo me había apartado a descansar, lejos de los míos, en el escombros de una vivienda de recreo, disimulada en un vergel.

Un aldeano me trajo pérfidamente el vino más espirituoso, originado de una palma.

Sentí una embriaguez hilarante y ejecuté, riendo y vociferando, los actos más audaces del funámbulo.

Un peregrino, de rostro consumido, acertó a pasar delante de mí. Dijo su nombre entre balbuceos de miedo. Significaba Ornamento de Doctrina en su idioma litúrgico.

La poquedad del anciano acabó de sacarme de mí mismo. Lo tomé en brazos y lo sumergí repetidas veces en un río cubierto de limo. La sucedumbre se colgaba a los sencillos lienzos de su veste. Lo traté de ese modo hasta su último aliento.

Devolvía por la boca una corriente de lodo.

Recuperé el discernimiento al escuchar su amenaza proferida en el extremo de la agonía.

Me anunciaba, para muy temprano, la venganza de su ídolo de bronce.

EL CULPABLE

AGONICÉ en la arruinada mansión de recreo, olvidada en un valle profundo.

Yacían por tierra los faunos y demás simulacros del jardín.

El vaho de la humedad enturbiaba el aire.

La maleza desmedraba los árboles de clásica prosapia.

Algunos escombros estancaban, delante de mi retiro, un río agotado.

Mis voces de dolor se prolongaban en el valle nocturno. Un mal extraño desfiguraba mi organismo.

Los facultativos usaban, en medio del desconcierto, los recursos más crueles de su arte. Prodigaban la saja y el cauterio.

Recuerdo la ocasión alegre, cuando sentí el principio de la enfermedad. Festejábamos, después de mediar la noche, el arribo de una extranjera y su belleza arrogante. La pesada lámpara de bronce cayó de golpe sobre la mesa del festín.

Entreveía en el curso de mis sueños, pausa de la desesperación, una doncella de faz seráfica, fugitiva en el remolino de los cendales de su veste. Yo la imploraba de rodillas y con las manos juntas.

Mi naturaleza venció, después de mucho tiempo, el mal encarnizado. Salí delgado y trémulo.

Visité, apenas restablecido, una familia de mi afecto, y encontré la virgen de rostro cándido, solaz de mi pasada amargura.

Estaba atenta a una melodía crepuscular.

El recuerdo de mis extravíos me llenaba de confusión y de sonrojo. La contemplaba respetuosamente.

Me despidió, indignada, de su presencia.

EL RAPTO

EL FOLLAJE exánime de un sauce roza, en la isla de los huracanes, su lápida de mármol.

Yo la había sustraído de su patria, un lugar desviado de las rutas marítimas. Los más hábiles mareantes no acertaban a recordar ni a reconstituir el derrotero. La consideraba un don funesto y quería devolverla.

Pero también deseaba sorprender a mis compatriotas con aquella criatura voluntariosa, de piel cetrina, de cabellos lacios y fuertes. Su lenguaje constaba de sones indistintos.

Enfermó de nostalgia a la semana de la partida. Los marinos de ojos verdes, abochornados con el sol de las regiones índicas, escuchaban, inquietos, sus lamentos. Recalaron para sepultarla, una vez muerta, en sitio retraído. Se abstuvieron de arrojarla al agua, temerosos de la soltura de su alma sollozante en la inmensidad.

La compasión y el pesar desmadejaron mi organismo. Pedí y conseguí mi licencia del servicio naval. Me he retirado al pueblo nativo, internado en un país fabril, donde las fraguas y las chimeneas arden sobre el suelo de hierro y de carbón.

Mi salud sigue decayendo en medio del descanso y de la esquivéz. Siento la amenaza de una fatalidad inexorable. Al descorrer las cortinas de mi lecho, ante la suspirada aparición del día, he de reconocer en un viejo de faz inexpresiva, más temible cuando más ceremonioso, al padre de la niña salvaje, resuelto a una venganza inverosímil.

EL ENSUEÑO DEL CAZADOR

YO ME HABÍA avvicinado en un país remoto, donde corrían libres las auras de los cielos. Recuerdo la ventura de los moradores y sus costumbres y sus diversiones inocentes. Habitaban mansiones altas y francas. Se entretenían en medio del campo, al pie de árboles dispersados, de talla ascendente. Corrían al encuentro de la aurora en naves floridas.

Se decían dóciles al consejo de sus divinidades, agentes de la naturaleza y sentían a cada paso los efectos de su presencia invisible. Debían abominar los dictados del orgullo e invocarlas, humildes y escrupulosos, en la ocasión de algún nacimiento.

Señalaban a la hija de los magnates, olvidados de la invocación ritual, y a su amante, el cazador insumiso.

El joven había imitado las costumbres de la nación vecina. Renegaba del oficio tradicional por los azares de la montería y retaba, fiado en sí mismo, la saña del bisonte y del lobo.

Olvidó las gracias de la amada y las tentaciones de la juventud, merced a un sueño desvariado, fantasma de una noche cálida. Perseguía un animal soberbio, de jiba montuosa, de rugidos coléricos, y sobresaltaba con risas y clamores el reposo de una fuente inmaculada. Una mujer salía del seno de las aguas, distinguiéndose apenas del aire límpido.

El cazador despertó al fijar la atención en la imagen tenue.

Se retiró de los hombres para dedicarse, sin estorbo, a una meditación extravagante.

Rastreaba ansiosamente los indicios de una belleza inaudita.

LA PROCESIÓN

YO RODEABA la vega de la ciudad inmemorial en solicitud de maravillas. Había recibido de un jardinero la quimérica flor azul.

Un anciano se acercó a dirigir mis pasos. Me precedía con una espada en la mano y portaba en un dedo la amatista pontifical. El anciano había ahuyentado a Atila de su carrera, apareciéndole en sueños.

Dirigió la palabra a las siete mil estatuas de una basílica de mármol y bajaron de sus zócalos y nos siguieron por las calles desiertas. Las estatuas representaban el trovador, el caballero y el monje, los ejemplares más distinguidos de la Edad Media.

Unas campanas invisibles difundieron a la hora del ángelus el son glacial de una armónica.

El anciano y la muchedumbre de los personajes eternos me acompañaron hasta el campo y se devolvieron de mí cuando las estrellas profundas imitaban un reguero de perlas sobre terciopelo negro, sugiriendo una imagen del fastuoso pincel veneciano. Se alejaron elevando un cántico radiante.

Yo caí de rodillas sobre la hierba dócil, rezando un terceto en alabanza de Beatriz, y un centauro desterrado pasó a galope en la noche de la incertidumbre.

EL PROTERVO

NOSOTROS constituíamos una amenaza efectiva.

Los clérigos nos designaban por medio de circunloquios al elevar sus preces, durante el oficio divino.

Decidimos asaltar la casa de un magistrado venerable, para convencerlo de nuestra actividad y de la ineficacia de sus decretos y pregones.

Esperaba intimidarnos al doblar el número de sus espías y de sus alguaciles y al lisonjearlos con la promesa de una recompensa abundante.

Ejecutamos el proyecto sigilosamente y con determinación y nos llevamos la mujer del juez incorruptible.

El más joven de los compañeros perdió su máscara en medio de la ocurrencia y vino a ser reconocido y preso.

Permaneció mudo al sufrir los martirios inventados por los ministros de la justicia y no lanzó una queja cuando el borceguí le trituró un pie. Murió dando topetadas al muro del calabozo de piso hundido y de techo bajo y de plomo.

Gané la mujer del jurista al distribuirse el botín, el día siguiente, por medio de la suerte. Su lozanía aumentaba el solaz de mi vivienda rústica. Sus cortos años la separaban de un marido reumático y tosigoso.

Un compañero, enemigo de mi fortuna, se permitió tratarla con avilantez. Trabamos una lucha a muerte y lo dejé estirado de

un trastazo en la cabeza. Los demás permanecieron en silencio, aconsejados del escarmiento.

La mujer no pudo sobrellevar la compañía de un perdido y murió de vergüenza y de pesadumbre al cabo de dos años, dejándome una niña recién nacida.

Yo la abandoné en poder de unas criadas de mi confianza, gente disoluta y cruel, y volví a mis aventuras cuando la mano del verdugo había diezmado la caterva de mis fieles.

Muchos seguían pendientes de su horca, deshaciéndose a la intemperie, en un arrabal escandaloso.

Al verme solo, he decidido esperar en mi refugio la aparición de nuevos adeptos, salidos de entre los pobres.

Dirijo a la práctica del mal, en medio de mis años, una voluntad ilesa.

Las criadas nefarias han dementado a mi hija por medio de sugerencias y de ejemplos funestos. Yo la he encerrado en una estancia segura y sin entrada, salvo un postigo para el paso de escasas viandas una vez al día.

Yo me asomo a verla ocasionalmente y mis sarcasmos restablecen su llanto y alientan su desesperación.

EL SOLTERÓN

EL TIEMPO es un invierno que apaga la ambición con la lenta, fatal caída de sus nieves. Pasa con ningún ruido y con mortal efecto: la tez amanece un día inesperado marchita, los cabellos sin lustre y escasos, fácil presa a la canicie, menguado el esplendor de los ojos, sellada de preocupaciones la frente, el semblante amargo, el corazón muerto. Sobre el mundo en la hora de nuestra vejez llora la amarilla luz del sol, y no asiste a dulces cuitas de amor la romántica luna. Blancos, fríos rayos de acero envía desde la altura melancólica. Pasó la juventud favorecida por el astro benéfico en las noches de ronda donjuanesca. Desde hoy preside el desfile de los recuerdos en las noches en que despiertan pensamientos como ruidos en una selva honda.

Ha pasado el momento de unirse en amorosa simpatía; hace ya tiempo que con la primera cana se despidió para siempre el amor, espantado del egoísmo y la avaricia que en los corazones viejos hacen su morada. Ahora comienza la misantropía, el odio de lo bello y de lo alegre, el remordimiento por los años perdidos, la queja por el aislamiento irremediable, la desconfianza de sobrar en la familia que otro ha fundado. Trabaja, pena la imaginación del soltero ya viejo, daría tesoros por el retorno del pasado, no muy remoto, en que pudo prepararse para la vejez voluptuoso nido en regazo de mujer.

La alegría ruidosa de los niños canta en nuestro espíritu. Castigo inevitable sigue a quien la desecha para sus años postreros, y

es más feliz que todos los mortales quien participa con interés de padre en ese inocente regocijo, y se evita en la tarde de la vida la pesarosa calma que aflige al egoísta en su desesperante soledad. A este, desligado de la vida, desinteresado de la humanidad, estorboso en el mundo, lo espera con sus fauces oscuras la tumba. Fastidiado debe ansiar la muerte, ya que su lecho frío semeja ataúd rígido.

Cuando descansa en la noche con la nostalgia de amorosa compañía, no le intimida el pensamiento de la tierra sobre su cadáver. El horror del sepulcro es ya menos grave que el hastío de la vida lenta y sin objeto. No le importa el olvido que sigue a la muerte, porque sobreviviendo a sus amigos, está sin morir desamparado. Quisiera apresurar sus días y desaparecer por miedo al recuerdo de la vida pasada sin nobleza, como un río en medio a estériles riberas. Huye también de recordar antiguas alegrías, refinadamente crueles, que engañaron al más sabio de los hombres, convenciéndolo de la vanidad de todo. Así concluye pensando el que de sus goces recogió espinas, y vivió inútil. Aún más desolada convicción cabe a quien ni procreando se unió en simpático lazo con la humanidad... Ahora olvidado, triste, duro a todo afecto el corazón, si derramara lágrimas, serían lavas ardientes, venidas de muy hondo.

EL RETORNO

PARA ENTRAR en el reino de la muerte avancé por el pórtico de bronce que interrumpía las murallas siniestras. Sobre ellas descansaba perpetuamente la sombra como un monstruo vigilante. Extendíase dentro del recinto un espacio temeroso y oscuro, e imperaba un frío glacial que venía de muy lejos. Era el suelo bajo mis pies como una torpe alfombra, y sobre él avanzaba levemente suspendido por alas invisibles. El pasmo de la eternidad se revelaba en augusto silencio, comparable a la calma que rodea el concierto de los astros distantes.

Con él crecía el misterio en aquella región indefinida, donde ningún contorno rompía la opaca vaguedad. El espectáculo igual de la sombra invariable perpetuaba en mí el estupor del sueño de la muerte.

Había invadido voluntariamente el mundo que comienza en el sepulcro, para ahogar en su seno, como en un mar de olvido, mi lastimado espíritu. Allí detenía el tiempo su reloj y sucumbía la forma en el color funeral. Surgía de oculto abismo la oscuridad, con el sigilo de una marea tarda y sin rumor, y me arrastraba y tenía a su merced como una voluptuosa deidad. Cautivo de su hechizo letal, erré gran espacio a la ventura, obstinado en la peregrinación extraña y lúgubre. Pero al sentir tras de mí el clamor de la vida, como el de una novia abandonada y amante, volví sobre mis pasos.

EL MONÓLOGO

EL CABALLERO de los pensamientos desvariados registra el mar. Se apoya de espaldas en una roca perenne. Deja de la mano y en el suelo el sombrero y la espada.

Un ave feudal, de librea cenicienta, domina el aire desierto. ¡Cuántas batallas se libraron a la vista de las torres!

El caballero descubre la imagen de su vida en la soledad del pájaro altivo. ¿No sucumbe en la amargura y rehúsa la sociedad desde el rapto de su amada, el día de una incursión de los infieles?

El caballero piensa en redimirla y fía en la merced de un azar feliz, prodigado en la realidad contemporánea. Se ha arruinado con la desdicha y se extravía en medio de las lucubraciones de un entendimiento evaporado.

Inventa, entre suspiros y sonrisas, el término de su inquietud. Los accidentes de su fortuna y el desenlace imaginario se encuentran en más de una conseja de romeros infantiles, recitada en una etapa vespertina.

LA MESNADA

LOS COLORES vanos del alba me indicaban la hora de asistir al oficio de difuntos, celebrado en honor de la joven reina por unas monjas de celestial belleza.

Yo sosegaba de ese modo el humor sombrío y castizo.

Las monjas adivinaban mi interés por la memoria de la soberana y me rodeaban solícitas. Yo quedaba de rodillas en el oratorio impenetrable, después de la celebración de la misa. Entreveía las figuras entecas, dibujadas en las vidrieras y mosaicos. Unos santos armados y a caballo militaban contra los vestiglos de un arte heráldico.

Yo salía del retiro a unirme con los devotos de mi persona, esparcidos a distancia de la voz en las avenidas del asilo venerable. Debían acudir al mediar la mañana.

Yo recuperaba, al pisar la calle, mi presunción innata. Habría dirigido, en presencia de los matasietes, la bienvenida al peligro, imitando una actitud de César.

Un jorobado empezó a reírse de manera abominable al reparar en el entono y compás de mis ademanes. Lo había salvado, el año anterior, cuando el verdugo se disponía a descuartizarlo, acusándolo de homicida.

Mis aficionados se precipitaron a satisfacer mi indignación y lo enderezaron por medio del tormento.

LA BALADA DEL TRANSEÚNTE

¡CUÁNTO RECUERDO el cementerio de la aldea! Dentro de las murallas mancilladas por la intemperie, algunas cruces clavadas en el suelo, y también sobre túmulos de tierra y alguna vez de mármol. El montón de urnas desenterradas, puestas contra un rincón del edificio, deshechas en pedazos y astillas putrefactas. Densa vegetación desenvolvía una alfombra hollada sin ruido por el caminante.

De aquella tierra húmeda, apretada con despojos humanos, brotaba en catervas el insecto para la marcha laboriosa o para el vuelo rápido. Los árboles de follaje oscuro, agobiados por las gotas de la lluvia frecuente, soplaban rumor de oraciones, trasunto del oráculo de las griegas encinas. Alguna que otra voz lejana se aguzaba en la tarde entremuerta, zozobrando en el pálido silencio con la solemnidad de la estrella errante, precipitada en el mar.

Las nubes rezagadas por el cielo, cual procesión de angélicas novicias, dorándolas el sol occidental, el que inunda de luz fantástica el santuario a través de los góticos vitrales. Montes de manso declive, dispuestos a ambos lados del valle del reposo, vestido de nieblas delgadas, que retozan en caballos veloces de valkirias, dejando repentino arco iris en señal y despojo de la fuga.

Abandono afflictivo encarecía el horror del paraje, aconsejaba el asimiento a la vida, ahuyentaba la enfermiza delectación en

la imagen de la fosa, mostrando en esta el pésimo infortunio, de acuerdo con la razón de los paganos.

La luz de aquel día descolorido secundaba la fuerza de este parecer, siendo la misma que en las fábulas helenas instiga la nostalgia de la tierra en el cortejo de las almas suspirantes a través de los vanos asfódelos.

LOS CELOS DEL FANTASMA

YO CONTABA apenas veinte años cuando terminé los estudios en una antigua universidad. He adoptado la solemnidad de sus claustros.

Volví al pueblo de mi nacimiento, situado en medio de una vegetación lozana, en un distrito inundado.

Me enamoré súbitamente de una joven cándida, de epidermis suave.

La descubrí sentada en un banco de piedra, debajo de las hojas flácidas de un árbol azotado por la llovizna. Había llegado furtivamente, arropada en los jirones de la niebla.

Desapareció de mi lado al llegar la primavera. Dudo si murió por causa de los morbos insidiosos de la región palustre o si era tan solo un fantasma aéreo.

Deseoso de morir, he salido de mi isla nebulosa en busca del peligro. Sufrí la uniformidad del mar a la sombra de las velas arrogantes. He visto sin pasión ni interés la alegría de los puertos meridionales. Quería asistir al duelo de naciones irreconciliables, trabado desde siglos entre las ruinas de una civilización augusta.

Me he juntado al ejército más ufano. He visto el signo bizantino del creciente en el lienzo rojo de los pabellones y en el turbante de los guerreros fatalistas.

Un bajá despótico regía aquella muchedumbre. Llevaba consigo las mujeres de su harem, sujetas a una vigilancia perpetua.

Una de ellas acompañaba al son de la guzla un canto monótono. Habría contentado mi sentimiento por la joven cándida.

Determiné raptarla en el tumulto de la primera función de armas y refugiarla muy lejos de su tirano, en mi isla nebulosa. Su afecto me habría sanado de la antigua pasión fantástica.

Presenció el desastre del ejército en la primera batalla. Los oficiales enemigos aparecían gallardamente del seno de una nube de humo.

Visitaba los sitios de mayor peligro con las manos en los bolsillos, disimulando mi interés.

Me dirigí, montado a caballo, donde me esperaba la mujer. Había convenido en salvarse conmigo al llegar la crisis de la derrota.

Los vencidos habían desesperado de poner en salvo las cautivas. Yo las vi moribundas, revolcadas en su propia sangre, heridas de un balazo en la sien.

LOS GAFOS

LANOCHE disimulaba el litoral bajo, inundado. Unas aves lo recorrían a pie y lo animaban con sus gritos. Igualaban la sucedumbre de las arpías.

Yo me había perdido entre las cabañas diseminadas de modo irregular. Me seguía una escolta de perros siniestros, inhábiles para el ladrido. Una conseja los señalaba por descendientes de una raza de hienas.

Yo no quería llamar a la puerta de uno de los vecinos. Se habían enfermado de ingerir los frutos corrompidos del mar y de la tierra y mostraban una corteza indolora en vez de epidermis. La alteraban con dibujos penetrantes, de inspiración augural. El vestido semejava una funda y lo sujetaban por medio de vendas y de cintas, reproduciendo, sin darse cuenta, el aderezo de las momias.

Las líneas de una serranía se pronunciaban en la espesura del aire. Daban cabida, antes, a la aparición de una luna perspicaz. Un espasmo, el de la cabeza de un degollado, animaba los elementos de su fisonomía.

El satélite se había alejado de alumbrar el asiento de los pescadores, trasunto de un hospital. Yo me dirigí donde asomaba en otro tiempo y lo esperé sin resultado. Me detuve delante de un precipicio.

Los enfermos se juzgaron más infelices en el seno de la oscuridad y se abandonaron hasta morir.

LA CÁBALA

EL CABALLERO, de rostro famélico y de barba salvaje, cruzaba el viejo puente suspendido por medio de cadenas.

Dejó caer un clavel, flor apasionada, en el agua malsana del arroyo.

Me sorprendí al verlo solo. Un jinete de visera fiel le precedía antes, tremolando un jirón en el vértice de su lanza.

Discutían a cada momento, sin embargo de la amistad segura. El señor se había sumergido en la ciencia de los rabinos desde su visita a la secular Toledo. Iluminaba su aposento con el candelabro de los siete brazos, sustraído de la sinagoga, y lo había recibido de su amante, una beldad judía sentada sobre un tapiz de Esmirna.

El criado resuelve salvar al caballero de la seducción permanente y lo persuade a recorrer un mar lejano, en donde suenan los nombres de los almirantes de Italia y las Cícladas, las islas refulgentes de Horacio, imitan el coro vocal de las oceánidas.

Cervantes me refirió el suceso del caballero devuelto a la salud. Se restableció al discernir en una muchedumbre de paseantes la única doncella morena de Venecia.

MARGINAL

UNA CRÓNICA inicia el episodio de un aventurero desengañado de sus correrías y lastimado por la pobreza. No había alcanzado ninguna presea en medio de los sobresaltos del campamento. Supo a caso la destitución de un rey y su cautiverio de casi tres decenios sin otra compañía sino la de su enano.

El aventurero interrumpe la crítica de las rapsodias homéricas en el original griego, único solaz de su decadencia, para abrazar en vano la empresa de soltarlo. El cautivo había sido un déspota soberbio y se le acusaba de haber lanzado su jauría al encuentro de un obispo solícito.

El aventurero volvía de una guerra con los infieles en las praderas del Danubio. Sentado sobre un tambor de piel de asno, ocuparía el desvelo de las noches de alarma en recoger de un bizantino prófugo las noticias del idioma vibrante. Debió de recrear el carácter desabrido en las vicisitudes de la Ilíada y de esa misma escena puede escogerse el símbolo del buitre, enemigo de los moribundos, con el objeto de significar el estrago de su voluntad empedernida.



LA TABERNA

LOS LIBERTINOS disparaban en una risa abundante al lanzar con el pie, en distintos sentidos, la gorra de la fondista. Su embriaguez, efecto de un brebaje mortal, se confundía con la enajenación. La llama de los reverberos imitaba el tinte del ajenjo.

Un duende rojo volaba sobre las copas vacías y derribadas.

El más viejo de los libertinos se había tornado flemático y adiposo. Los compañeros intentaban irritarlo con sobrenombres amenos. Pero nada lograban con el veterano de la licencia y de la bacanal. Había arrojado de sí mismo la caperuza de campanillas del bufón.

Alguien despidió una mecha encendida sobre el fauno soñoliento y sobresaltó su torpeza y la convirtió en aflicción y en miedo. Los calaveras le formaron una rueda festiva y probaron a refrescarlo con aspersiones de agua. Presenciaron, atónitos, la ignición del ebrio, caso maravillado y hasta desmentido por la ciencia.

EL CIRUJANO

LOS VALENTONES convinieron el duelo después de provocarse mutuamente. El juglar, compañero del médico de feria, motivó la altercación irritándolos con sus agudezas.

Acudió la multitud encrespada del barrio de la horca y las mujeres se dividieron en facciones, celebrando a voz en grito el denuedo de cada rival.

La cáfila bulliciosa recibía alegremente en su seno al verdugo y le dirigía apodos familiares. Los maleantes vivían y sucumbían sin rencor.

Yo estudiaba la anatomía bajo la autoridad de Vesalio y me encaminaba a aquel sitio a descolgar los cadáveres mostrencos. El maestro insistía en las lecciones de la experiencia y me alejaba de escribir disertaciones y argumentos en latín.

Uno de los adversarios, de origen desconocido, pereció en el duelo. El registro de ninguna parroquia daba cuenta de su nacimiento ni de su nombre.

Fue depositado en una celda del osario y yo la señalé para satisfacer más tarde mis propósitos de estudioso. Nadie podía solicitar las reliquias deplorables, con el fin de sepultarlas afectuosamente. Yo no salgo de la perplejidad al recordar el hallazgo de dos esqueletos en vez del cuerpo lacerado.

EL EXORCISTA

EL MONJE inocente se esforzaba en dirigir los actos del joven. Lo inducía a condenar los ejemplos de soberbia, frecuentes en la casa de sus mayores.

El joven fue persuadido a la caridad y se abstuvo de presenciar los suplicios impuestos sobre los campesinos alzados en una lejanía silvestre.

El monje inocente se había escurrido entre los sediciosos y los había invitado al avenimiento. Un sujeto de faz grave, distinguido con el atavío de una dignidad universitaria, acudió del seno de la espesura y lo envolvió en una red de argumentos profanos.

El zascandil hiere al monje en su afecto más ingenuo, seduciendo al joven alumno. Se dedica a facilitar el extravío de las costumbres y se huelga de haber precipitado al mismo Fausto en una correría vana. Solivianta las cuadrillas de los fugitivos y anima los señores a la severidad. Se divierte con los ayes y lágrimas del ser humano.

El monje inocente desea prevenir la astucia de su enemigo y se entera del nombre y de los hábitos de los demonios. Acierta con el segundo de Satanás e insiste en su filatería de rapabarbas y de alcahuete leyendo unas pláticas del rey Jacobo, el hijo aprensivo de María Estuardo.

EL CIEGO

EL TEÓLOGO se había tornado macilento y febril. Meditaba sin tregua una idea mortal y recorría, en solicitud de alivio, los infolios cargados sobre los facistoles o derramados sobre el pavimento.

Los autores de aquellos volúmenes habían envejecido en el retiro escuchando los avisos de una conciencia tímida. Salían de sus celdas para despertar, con sus argumentos, el asombro de las universidades.

El teólogo demandaba el socorro de un crucifijo sangriento, después de registrar con la mirada las imágenes de unos diablos de tres cabezas y armados de tridentes, en memoria y representación de los pecados capitales. Un escultor de la Edad Media había usado tales figuras al componer la filigrana de una abadía.

Yo me insinué en la amistad del penitente y lo insté a confiarme la razón de su inquietud. Pretendió retraerme de la pregunta usando alternativamente de efugios y amenazas. Se paseaba en ese momento bajo el estímulo de una alucinación apremiante.

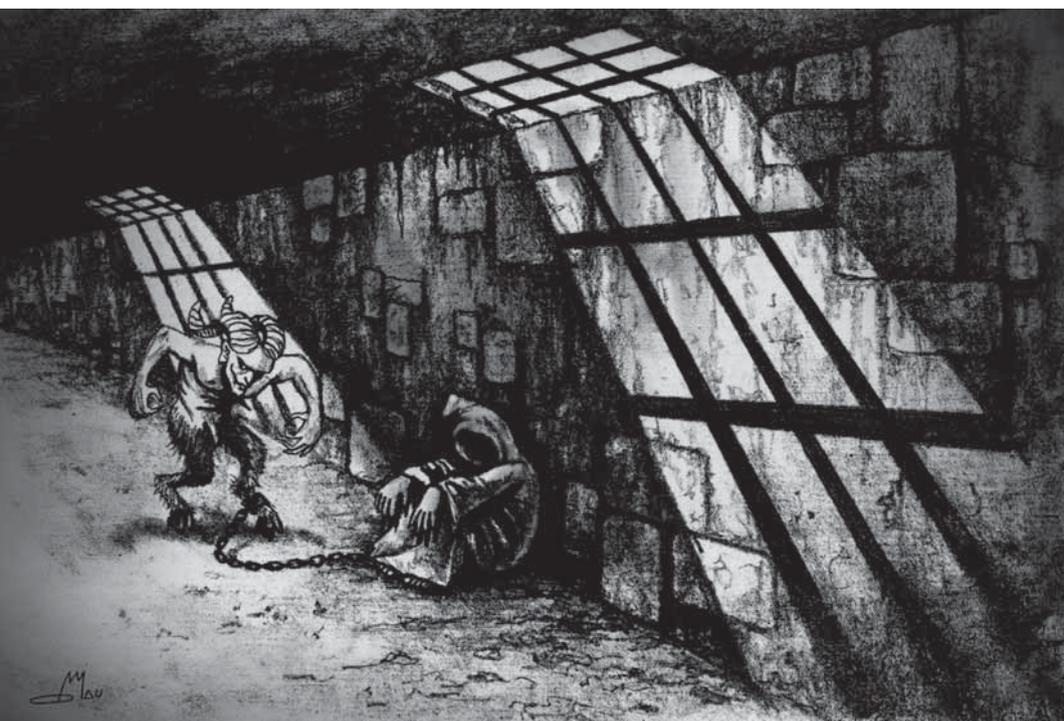
Yo vine a quedar de rodillas al dirigirle el ruego más apasionado.

Él impuso la mano sobre mi frente y consintió en asociarme a su visión terrible.

La vista de los suplicios infernales se fijó profundamente en

mis sentidos y me siguió de día y de noche, hundiéndome en la desesperación.

Encontré mi salud cegando voluntariamente. He abolido mis ojos y estoy libre y consolado.



LA TRIBULACIÓN DEL NOVICIO

BEBEDIZOS MALIGNOS, filtros mágicos, ardientes misturas de cantárida no hubieran enardecido mi sangre ni espoleado mi natural lujuria de igual modo que esta mi castidad incompatible con mi juventud. Vivo sintiendo el contacto de carnes redondas y desnudas; manos ligeras y sedosas se posan sobre mis cabellos, y brazos lánguidos y voluptuosos descansan sobre mis hombros. A cada paso siento sobre mi frente los pequeños estallidos de los besos. Una mujer con palabras acariciantes se inclina hasta tocar con la suya mi mejilla.

Su voz insinúa dentro de mí el deseo como una sierpe de fuego. Todo mi ser está embargado de fiebre y lo inquieta un loco deseo de transmitirse encendiendo nuevas vidas. Barbas selváticas, cuernos torcidos, cascos, todos los arreos del sátiro podrían ser míos. Demasiado tarde he venido al mundo; mi puesto se halla en el escondrijo sombrío de un bosque, desde el cual satisficiera mi arrebatado espionando la belleza femenina, antes de hacerla gemir de dolor y de gozo.

Por desgracia otra es mi situación y muy duro mi destino; me viste un grueso sayal más triste que un sudario; vivo en una celda, y no en medio de árboles frondosos en un campo libre. Suspiro por un raudal modesto bajo la sombra de ramajes enlazados y cuya superficie temblorosa señalara el vuelo de las auras. Diera la vida

por ver en la atmósfera matinal y serena un instantáneo vuelo de palomas, como una guirnalda deshecha. Y en una diáfana mañana, cuando recobran juventud hasta las ruinas, desechar la última sombra del sueño, turbando con mi cuerpo el éxtasis del agua, enamorada de los cielos.

Huida la noche, volviera yo a la vida, cuando el concierto de los pájaros comienza a llenar el vasto silencio, despertara con más lujo que un déspota oriental, segador de hombres. Bajo la luz paternal del sol sintiera el júbilo de la tierra y contemplara el mar, después de haber jadeado escalando un monte. Sufro por mi estado religioso mayor esclavitud que un presidiario; con mortificaciones y encierros pago el delito de esta rebosante juventud; aislado, herido por desolación profunda, resguardo mis sentidos, y niego satisfacción a mis deseos y hospitalidad a la alegría. El mar palpitante, el viento incansable, el pensamiento volador exasperan el enojo de mi cautiverio, recrudecen la tiranía de mi condición, agravan los grillos que me aherrojan. Debo recatarme de participar en la alegría de la tierra amorosa y robusta; vestir perpetuo traje de oscuridad, cuando a todas partes la luz, rauda viajera, lleva su aleluya; reemplazar con rigurosa seriedad la grave sonrisa que conviene al espectador de la tragicomedia del mundo. Sabiendo que el organismo cede con la satisfacción, he de resistirle aunque reproduzca sus deseos con más furia que la hidra sus cabezas, y merezca por insistente y por traidor su personificación en Satán torvo y enrojecido.

No se calma este ardor con claustro inaccesible ni con desierto desolado. Con esa abstinencia, la locura me haría compañero de santos desequilibrados y extáticos. Ni la penumbra de los templos abrigados me auxilia, porque es tibia como un regazo y favorable al amor como un escondite. La oración tampoco es defensa porque su lenguaje es el mismo que para cautivarse emplean los hijos y

las hijas de los hombres. Ni es para alejar del siglo la belleza que resplandece en las efigies: algunas me recuerdan las mujeres que hubiera podido amar, tienen los mismos ojos hermosos y tranquilos, la misma cabellera destrenzada sobre las espaldas y los hombros, y sobre los mismos pies menudos y curiosos debajo del vestido descansa la estatua soberbia del cuerpo. No es bastante el único refugio que alcanzo a los pies del hijo de Dios extenuado y sangriento. Más me apacigua comunicándome su dolor la madre Virgen a los pies del grueso madero. Llora, mientras vencida bajo su calcañar, según la lección bíblica, se tuerce la serpiente perezosa y elástica. Pierden su brutalidad los groseros anhelos, si atiendo a esos ojos lacrimantes, azules de un azul doliente, como el cielo de un país de exilio. Sería distinto, si fueran sus ojos negros, como aquellos otros de brasa infernal, que me han envenenado con su lumbre.

EL DUENDE

EL CARDENAL me circunvenía y agasajaba desde cuando sorprendí sus trampas en el juego. Yo había militado en garitos innumerables.

La ambición terrestre lo había desviado de contraer los votos del sacerdocio.

Los murmuradores le imputaban el proyecto de ganar cabida y mando en una familia arrogante, por medio de un casamiento secreto.

Se acercaba constantemente al objeto de sus afanes. Una mujer del linaje soberbio se desvelaba al lado de su consorte, reducido a los huesos por un mal progresivo, y esperaba a cada paso la viudez.

El Sumo Pontífice, animado de una sana intención, me despidió de entre sus familiares, revueltos contra mí por el cardenal, y me confió un recado para la diócesis de Rávena. Yo estaba prendado de la belleza antigua y su ritmo preciso y censuré, en la ciudad de mi destierro, el arte pródigo de los bizantinos y el desvarío de Dante, un poeta absurdo, sepultado allí mismo.

He rastreado los motivos del cardenal en contra de mi persona y dignidad. Acaso me creyó en la pista de sus relaciones culpables con una ralea sindicada.

Un niño díscolo, el más consentido de sus servidores, me derribó en su palacio, enredándome con un hilo invisible, y yo lo azoté a mi satisfacción. El cardenal lo había tomado de los brazos de una mujer aviesa, reliquia de una tribu de idólatras.

LOS ORTODOXOS

YO RECORRÍA el país grave en solicitud del monasterio decadente. Recuerdo la pausa y el zurrido monótono de mi carro de bueyes en el camino de guijarros y su vuelco en el río de lodo. Los naturales morían de consumir los peces de su corriente paralítica.

Unas aves negras, de calvicie petulante, retozaban en la hierba incisiva y sobre el dorso de unos caballos enjutos. Su vuelo repetía, en el azul violento, el orden estricto de la falange.

El revés de los tiempos sumía las aldeas en la miseria, aconsejaba la indolencia, el aborrecimiento de la vida. Una mujer impasible, de ojos áridos, presidía el juego de sus niños en el recinto de un cementerio obstruido por el matorral. El traje de antigüedad noble y la rueca doméstica secundaban el ascendiente de su faz.

El abad me esperaba antes del edificio, al pie de un nogal mustio. Su discurso voluble me retrajo de pedir un sitio en el aposento de los peregrinos. Se lamentaba del egoísmo y parsimonia de los feligreses.

Yo recogí, durante la visita, motivos frecuentes de suspicacia y desvío. Unos monjes dibujaban imágenes canijas, siguiendo la costumbre de un arte fanático, y el más incivil acudía a la autoridad de San Basilio, con el fin de recomendar la sucieza, en señal de penitencia.

ELAINA

LA VIRGEN duerme el sueño invariable en su ataúd de vidrio. Una lámpara de piedra ilumina el bajo relieve de la pasión en la iglesia nocturna. El reguero de la lluvia divide las piezas del tejado y disemina en los muros una broza caduca.

La virgen se incorpora de donde yace, en los días de portento y de amenaza. Su voz incoherente ha revelado las maravillas de otro siglo, del mundo sobrenatural, el alivio de las almas del purgatorio en el Viernes Santo.

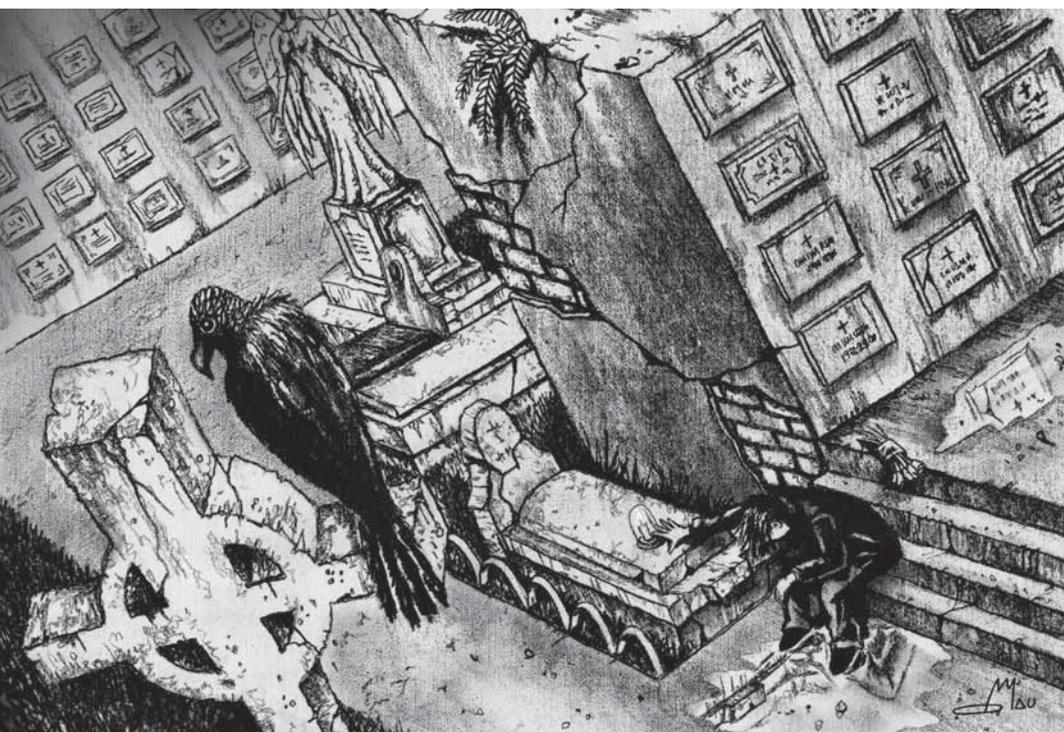
Los naturales no se atreven a depositarla en el seno de la tierra y admiran cómo pasó de una juventud alegre al pensamiento ensimismado, a un afecto mortal y conflictivo. La doctrina mística no consiente la desmedida afición a las criaturas.

La virgen del sueño padece con las zozobras de los enamorados y los endereza por el camino del remedio. Yo vivía consumido por la desesperanza y di con el solaz permaneciendo de rodillas al pie del ataúd de vidrio.

Yo no sabía de la virgen del sueño ni de esa manera de salud durante los días de lluvia del año marchito, cuando las nubes arrojaban sobre las colinas una gasa fría. Descubrí la iglesia del prodigio y miré en la actitud prosternada y humilde un requisito para el hallazgo del júbilo, al romper el alba de la primavera y en vista de un mensaje del hada golondrina.

LAS AVES DE LA VISIONARIA

HE VISTO la doncella retraída, sujeta al pesar, obsesa de memorias. Acostumbra la veleidad y el ensueño. Desatiende alguna vez el rumor seduciente de un arroyo, peregrino desde cima invisible por un cauce hundido. Precipicios de roca desnuda componen sus márgenes paralelas, de breve intervalo, negando luz al raudal abismado. La doncella admira el vuelo suspenso de unas mismas aves taciturnas sobre este sitio del yermo, y quiere saber dónde posan a reponer el vigor de sus alas. Pero las aves querenciosas del abismo escapan siempre de su atención y huyen a disiparse en la inmensidad.



EL CAUTIVO DE UNA SOMBRA

YO NO INTENTABA salir de la ciudad, de contorno infecundo, anegada en la arena del litoral. Sufría, a semejanza de mis compatriotas, la amargura de la decadencia. Los ayudaba con mis amonestaciones y con el ejemplo de una pobreza altiva.

Yo me apresuré a recibirlos al pie de la escalera de mi casa vetusta, cuando volvieron de perder una lid desigual. Los consolé en nombre de mis antepasados.

Los contratiempos me desviaron de la realidad y me persuadieron a la esquivéz. Yo vivía absorto en la contemplación del puerto vacío. Los bajeles evitaban el país indigente.

Una doncella de mi afecto, destinada a acompañarme, no sobrevivió al desvanecimiento de mis sueños. Los cabellos rojos y la tez blanca se avenían con la tarde violácea, hora de nuestra cita. Acudió, la vez última, con un ramo de adelfas y con un espejo en forma de luna, símbolo de la brava castidad de Diana.

Sobrellevo el retiro con la cabeza hundida entre las manos y sin exhalar una voz. El infortunio me arraiga de nuevo en el suelo de mi nacimiento. Después de su muerte, una figura suspicaz adivina el sentido de mis pasos.

He encendido un fanal sobre su tumba, al pie de un monte ríspido, y la visitan las aves de la lluvia y del agua estancada.

CANSANCIO

GRATITUD más que amor siento por esa adolescente que cada tarde, a mi paso por delante de su ventana, recompensa con una sonrisa mi trabajo agobiador del día entero. Su inocencia no se ha espantado de mi tristeza que trasciende y contagia; para calmar mi desesperación, ella responde a mi galantería con un tímido silencio, mientras me envuelve en la más persistente de sus miradas dormidas, atenuando mi propio dolor y el que acabo de recoger a mi paso por los barrios de la miseria y del vicio.

Imposible el amor cuando el porvenir ha caído al suelo, y la enfermedad de vivir arrecia como una lluvia helada y triste. Gracitud nada más para la adolescente que me protege contra la desgracia por todo el resto del día, siguiéndome con la vista hasta que desaparezo entre los transeúntes de la calle interminable. Gracitud también para la naturaleza que a esta hora del año se viste de funerales atavíos, haciéndome comprender que no estoy solo, que cuanto vive sufre, y todo vive.

Solo ella aparece eludiendo la fatalidad del dolor; sobre su juventud se prolonga la inconsciente ventura de la infancia; ninguna pena ha paralizado la alegre locura de su risa, que es la de sus primeros años, a pesar de que ninguna frescura es tan deleznable en manos del tiempo como la de esa manifestación del regocijo. Se diría que la naturaleza no resiste a su gracia y se deja vencer; cuando la luz solar proclama su victoria, triunfa en sus ojos la noche,

más luminosa cuanto más espesa, como algunos mares tropicales más fosforescentes cuanto más oscuros.

Con su tranquila alegría no se aviene la aflicción que traza surcos en mi frente y doblega mi vida. Envenenaría su inocencia si la iniciara en el afán de la batalla sin reposo, si en cambio de su misericordia la hiciera comprender cómo asfixia la angustia por la ambición asesinada. No he de ayudar en contra de su bienestar a la desgracia oculta en cada momento que se acerca como una ola hinchando el seno rugidor. Es cruel adelantarla en pocos días a los desengaños que no aplazan su venida y a los torvos pensamientos que ciñen las frentes mustias en fúnebre ronda.

Con misericordia correspondo a la suya, si de su quietud me alejo con el estéril miedo de la vida, huyendo de la sonrisa que enlaza. Ni vale más el amor que este suave recuerdo que conservaré de su aparición en momentos de mi más rudo vivir. Hundiéndose en el tiempo, su figura despierta afectos tranquilos, cual convienen a espíritus cansados; y ya al mío solo alcanza fuerza para esa melancólica simpatía con que el viajero en reposo contempla la palmera lejana, encendida en el último adiós del sol, única compañera sobre la vasta soledad.

GEÓRGICA

LOS DOLIENTES, portando ramos de ciprés, hollaban el camino de los sepulcros. Cantaban a una sola voz trenos lentos, de ternura íntima, extinguidos en breve espacio. Aquellos gemidos, propagados en el oquedal, morían a la luz de un ocaso lívido. Todos vestían de lienzo blanco en la procesión ocupada de contentar los manes.

Una mujer avanzaba en medio del concurso, juntado para el aniversario de su hija, doncella muerta el pasado otoño; y lo presidía con la dignidad de un sentimiento venerable. El séquito constaba de paisanos, acudidos de los escondites de la campiña, sensibles a la memoria de la virgen finada, y dispuestos a sublimarla con los títulos de nueva deidad rural, tutelar de sus faenas.

Siguieron hasta posar en un rellano, donde algunas piedras, arrimadas a un árbol austero, defendían la fosa y componían la mesa de un altar. Dejaron el canto por el sacrificio de un animal negro, dedicado a los poderes tenebrosos, conforme un rito inmemorial; y dos mozos gentiles tributaron las primicias de su numen, porfiando a sobresalir en las endechas.

Recordaron la hermosura de la joven, los prodigios contemporáneos de su muerte y el acto de sepultarla bajo una lluvia opaca. Todos callaron a la primera anunciación de la luna, y de su esplendor escaso, dejaron encendida una antorcha simbólica, y se dividieron y se alejaron consolados por la noche apacible.

LOS GALLOS DE LA NOCHE DE ELSINOR

LA BRUMA del canal subía a envolver los jardines lacios. Los faroles, de vidrios húmedos, arrojaban durante el día una luz fatua, de alquimia.

La joven macilenta había cautivado mi atención al asomarse por la ventana con el propósito de descubrir la hora en el reloj de la plaza. El tiempo y la intemperie habían mancillado la esfera y oscurecido el número romano, más propio de una lápida.

Hablábamos a escondidas de sus padres y guardianes. Se presentaba fielmente a averiguar por la ventana la misma hora en el reloj decrepito y la enunciaba escrupulosamente con su cauda de minutos y segundos.

Prometió acompañarme en la vida, huyendo conmigo, a favor del conticinio, sobre la grupa de mi caballo.

Le facilité la salida a la calle, despedazando los barrotes arcaicos de la ventana. Apareció envuelta en el lienzo plañidero de Eurídice.

Mi caballo nos arrebató en una carrera ciega, me lanzó por tierra y me arrastró un largo espacio del suelo. Un pie se me había prendido en la correa del estribo.

Dejó el galope y volvió a su mansedumbre natural, cuando el pregón de los gallos despidió de mi compañía el vano simulacro de la mujer.

LOS LAZOS DE LA QUIMERA

YO VELABA en la crisis de la soledad nocturna. El retrato de una mujer ideal, única alhaja del aposento, desplegaba mi sobreceño, divertía algunas veces mi inquietud.

Yo lo había conseguido en la subasta de unos muebles gentiles. El matiz de los cabellos me recordó los de una beldad grácil, fantasma del olvido. El pincel de un iluso había persistido inútilmente en imitarlos.

Yo me esforzaba en calar el enigma de una disciplina singular, de un arte secreto, y dibujaba, sin darme cuenta, la cifra de cantidades inéditas.

Me he fatigado hasta el momento de hundirme en un sopor, bajo los dedos de una mano fría de mármol.

Yo desperté en una sala funeral y la recorrí por entero, sorteando las urnas de piedra. En el zócalo de una imagen de la eternidad, cegada por una venda, acerté con el residuo del veneno de Julieta.

LA MERCED DE LA BRUMA

YO VIVO a los pies de la dama cortés, atisbando su benigna sonrisa de numen.

El cierzo invade la sala friolenta y cautiva en su torbellino las quimeras y los fantasmas del hastío. Repite el monólogo del pino desventurado y humedece ¡oh lágrimas invisibles! la faz de los espejos y de las consolas de un dorado triste.

Yo diviso a través de la ventana el desmán de un oso y el sobresalto de unas aves lentas, de sueño precoz. La tarde engalana el bosque de luces taciturnas.

El discurso de la mujer insinuante no consigue mitigar la pesadumbre del exilio. Yo padezco el sortilegio de su voluntad repentina y declaro en frases indirectas el pensamiento del retorno al mediodía jovial. Mis palabras vuelan ateridas, enfermas de la congoja del cielo.

La dama cortés adivina en lontananza un mensaje benévolo. Recibe de manos de un jinete menudo y suspicaz el secreto de la belleza inmortal, el iris de los polos, una flor ignorada.

EL MALCASADO

YO ERA el senescal de la reina del festín. Habíamos constituido una sociedad jocunda y de breve existencia, recordando los estatutos de la república jovial establecida en el principio del Decamerón. Las cigarras fervientes molestaban, a veces, desde los olivos.

Donceles o, mejor dicho, damiseles vanos amaestraban en la danza los perros favoritos de las mujeres. Llorábamos de risa al contemplar el gesto de una grulla de instintos imitativos. Reproducíamos algunos momentos del genio extravagante de Aristófanes.

Cuando volví del campo a la ciudad, redimido de la petulancia faunesca, vinieron a mi encuentro los magnates de mi trato y compañía, mercaderes habituados a la riqueza hereditaria. Abandonaron un momento su actitud distinguida y el estrado en donde pregonaban su dignidad y me enunciaron una misma frase acompasada, en señal de condolencia. Mi noble señora había salido de este siglo.

Una mano desconocida había depositado, antes de mi deserción, una corona de flores lívidas en la mesa de su oratorio. Esa corona, ceñida a la frente de la muerta, bajó también al reino de las sombras. Encarecía el rostro lánguido y lo asemejaba al de una santa en el arte rutinario de un monje.

VICTORIA

SU VESTE blanca y de galones de plata sugería la estola de los ángeles y las galas primitivas del lirio. Una corona simple, el ramo de un olivo milenario, ocultaba sus sienas. Los ojos diáfanos de esmeralda comunicaban el privilegio de la gracia.

Los rasgos sutiles del semblante convenían con los de una forma tácita, adivinada por mí mismo en el valle del asombro, a la luz de una luna pluvial. Uno y otro fantasma, el de la veste blanca y el de la voz tímida, se parecían en el abandono de la voluntad, en la calma devota.

Yo recataba mi niñez en un jardín soñoliento, violetas de la iglesia, jazmines de la Alhambra. Yo vivía rodeado de visiones y unas vírgenes serenas me restablecían del estupor de un mal infinito.

Mi fantasía volaba en una lontananza de la historia, arrestos del Cid y votos de San Bruno. Yo alcancé una vista épica, en un día supremo, al declinar mi frente sobre la tierra húmeda del rocío matinal, reguero de lágrimas del purgatorio. Yo vi el mismo fantasma, el de la voz tímida y el de la veste de azucena, armado de una cruz de cristal. Su nombre secreto era aclamado por los arcángeles infatigables, de atavío de púrpura.



LA CANONESA

YO VISITÉ la ciudad de la penumbra y de los colores ateridos y el enfado y la melancolía sobrevinieron a entorpecer mi voluntad.

El sol de un mes de lluvia provocaba el hechizo del plenilunio en el espejo del suelo glacial. Yo salí a recrear la vista por calles y plazas y pregunté el nombre de las estatuas vestidas de hiedra. Prelados y caballeros, desde los zócalos soberbios, infundían la nostalgia de los siglos armados de una república episcopal.

Una iglesia esculpida y cincelada imitaba la de San Sebaldó en la vetusta Nuremberg. Las imágenes de la puerta reproducían el semblante del águila, del león y del buey.

Los nativos se esmeraban en la fábrica de juguetes infantiles, de tiorbas angélicas, salterios y laúdes. Una doncella me separó de la reverencia a los monumentos arcaicos, me otorgó el privilegio de su amistad y vino en referirme su vida sombría, un ejemplo de sencillez y de sacrificio. Ofrendaba su juventud a la memoria de un hermano fallecido antes de tiempo y lo sustituía, conservándose pura y célibe, en el consejo de una orden militar.

EL ÍDOLO

LA HERMOSA amenazó con el ceño al fijarse en mi negativa a uno de sus caprichos. Volví de mi decisión añadiendo los agasajos de la condescendencia y del afecto. Yo temía acelerar el desenvolvimiento de sus dolores.

Sucumbió esa misma noche en la crisis de un delirio. Narraba una vez más, en términos apasionados, las cuitas de su niñez y de su adolescencia. Yo amanecí a los pies de su cama de roble.

Recorro sin descanso los aposentos de mi casa antigua, recatada en la esquivez de una sierra. Solo perdura el techo de una torre vigilante.

Rehúso volver al mundo y menosprecio las invitaciones de mis amigos. Deseo reconstituir la situación de ánimo de aquel día nefasto y el ademán estéril de juntar con mi pecho su cabeza inerte.

TÁCITA, LA MUSA DÉCIMA

LA HERMOSA hablaba de la incertidumbre de su porvenir. Había llegado a la edad de marchitarse y sentía la amenaza del tiempo y de la soledad. Los hombres no se habían ocupado de sus méritos y temían su inteligencia alerta.

El discurso de la mujer hería y agotaba mi sensibilidad. Su suerte me inspiraba ideas desesperadas acerca de la vida. Aquel ser sufría de su misma perfección.

Yo la he separado cruelmente de mi presencia. Podía interrumpir mi fuga clandestina, a través de la orgía del mundo, hacia el abrazo letárgico de la muerte. Yo divisaba una lontananza más sedante al imaginar la anulación de mis reliquias en el seno del planeta cegado por la nieve, desde el momento de extinguirse la energía milenaria del sol, conforme el pronóstico de un vidente de la astronomía.

Mis días desabridos anticipan el sueño indiferente de la eternidad.

La autora de mi inquietud se acerca afectuosamente al féretro en donde yazgo antes de morir. Su lámpara de ónix, depositada en el suelo, arroja un suave resplandor y su abnegación se pinta en el acto de sellar con el índice los labios herméticos, para mandamiento del silencio.

LA SUSPIRANTE

LA HERMOSA ha regresado de muy lejos. Se encierra nuevamente en su cámara inaccesible, satisfaciéndose con el mueble esbelto y la baratija exótica. Impone el recuerdo de una era señorial, rodeándose de las escenas sucesivas de un tapiz.

La hermosa se pierde en la lectura de sucesos extravagantes, acontecidos en reinos imaginarios, y narrados con semblante de parodia. Vuelve sobre un pasaje burlesco, en donde alterna un pastor con el bufón expulsado de la corte.

La dama displicente se engolfa en las peripecias de un relato incomparable y suspende el entretenimiento cuando empieza una batalla entre caballeros de sobrenombres ínclitos.

La dama renuente, aficionada a las quimeras de la imaginación, sueña con huir de este mundo a otro ilusorio.

Nadie podría averiguar el derrotero de su fuga.

La hermosa vuela sobre los caminos cegados por la nieve y un búho solitario da el alarma en la noche fascinada por el plenilunio.

EL TEJEDOR DE MIMBRES

UN AVE espectral, imagen de la pesadumbre y del sacrificio, volaba entre el humo y el ámbar de noviembre. Yo me perdía en la contemplación del vuelo monótono.

Los hábitos indolentes, la afición al ensueño, impedían mi rescate de la miseria. Yo me escondía en la maleza de un río palustre.

Una beldad seráfica aparecía a interrumpir mi desidia y me señalaba el camino del océano. Yo me aventuraba a recoger unas hierbas salobres y, pensando en el atavío de su persona, las despojaba de sus flores de marfil, emitidas súbitamente en el día más prolijo del año.

Yo asistí de lejos a la fiesta de sus bodas, perdido en la muchedumbre de los descalzos. La doncella clemente vestía de luto y las luces de la basílica, una joya italiana, la rodeaban de un aura mortecina. Había nacido para el embeleso de un amor ideal.

Pasó brevemente de esta vida. Su caballo la derribó por tierra, al emprender un viaje fortuito.

Yo penetré en la sala de su vivienda, la semana misma del llanto. Los deudos solemnes preguntaban el linaje de sus flores de marfil, reunidas sobre un cojín de terciopelo. No alcanzaban a comprender su origen de un mundo invisible.

LA CASTA DE LOS CENTAUROS

LA MUJER provinciana, de grave y primeriza juventud, refiere las aventuras y peligros del llano, donde nació y se crió. Los cabellos negros acentúan el rostro pálido y demandan una corona de flores narcóticas.

Sugiere, vestida de blanco, la imagen de un clima tórrido y el refrigerio de sus palmas. Su mano se ha posado sobre la frente de una esfinge y ha registrado pergaminos venerables en el asilo de un santuario, bajo el destello de una lámpara de alabastro.

Su voz ha cantado un aria nostálgica en donde un río deletéreo se funde con el mar, y unas aves azules trinan sin alivio ni refugio sobre las riberas de sauces.

La doncella requiere una escena imaginaria. La favorita diserta en el patio de las canciones y de las fiestas musicales, cerca de una fuente custodiada por las efigies de bronce de los leones insurrectos, e insiste en los tesoros guardados por los grifos, más allá de la esquivez de los arenales, donde viven y penan los eremitas centenarios; y una esclava etíope interrumpe el cuento para celebrar el aire delicioso, lleno del aroma de los mirtos.

La doncella refiere los azares del llano, los lances de su equitación a la luz de un crepúsculo interminable. Su figura, sobre el caballo de galope resuelto, debiera esculpirse en el frontón de un templo gentilicio.

LA DERIVA

YO DIVISABA, desde la galera, el mausoleo de siete cámaras, dedicado a una dinastía leyendaria y edificado en una rotura de la montaña. Los marinos hablaban secretamente de los restos pulverizados y señalaban en algunos pasos de la costa el vestigio de pueblos desaparecidos.

El sol horizontal penetraba las ventanas de una mole, en forma de pirámide, dividida en mesetas graduales. Debajo de la galera corría un súbito espasmo de las aguas. Nosotros lo imputábamos a la irrupción de una ráfaga de nacimiento ignorado.

Un pez corpulento nos amenazaba a poca distancia, abandonado a merced de las olas. Lo designábamos con el nombre de una bestia marina, mencionada en el delirio de un profeta.

Uno de los nuestros, habituado a la navegación de un río perezoso y al fuego de un clima tórrido, soplab a ratos su trompeta de bronce.

Ninguna criatura humana asomaba sobre los cantiles áridos.



EL HERBOLARIO

EL TOPO y el lince eran los ministros de mi sabiduría secreta. Me habían seguido al establecerme en un paisaje desnudo. Unos pájaros blancos lamentaban la suerte de Euforión, el de las alas de fuego, y la atribuían al ardimiento precoz, al deseo del peligro.

El topo y el lince me ayudaban en el descubrimiento del porvenir por medio de las llamas danzantes y de la efusión del vino, de púrpura sombría. Yo contaba el privilegio de rastrear los pasos del ángel invisible de la muerte.

Yo recorría la tierra, sufriendo la grita y pedrea de la multitud.

No conseguí el afecto de mis vecinos alumbrándoles aguas subterráneas en un desierto de cal.

Una doncella se abstuvo de censurar mi traje irrisorio, presente de Klingsor, el mago infalible.

Yo la salvé de una enfermedad inveterada, de sus lágrimas constantes. Un espectro le había soplado en el rostro y yo le volví la salud con el auxilio de las flores disciplinadas y fragantes del dícamo, lenitivo de la pesadumbre.

EL RIESGO

LAS ORQUÍDEAS se criaban en medio de la fiebre, encima de unos árboles revestidos de parásitos y roídos de hormigas. El sol multiplicaba los recursos del suelo húmedo y alentaba una vegetación ileña, escondite de animales pérfidos. Yo distinguía entre la oscuridad del matorral los ojos fosforescentes de las fieras.

Yo menosprecié el peligro y subí resueltamente las gradas de una pirámide rota, disimulada entre la selva.

Un águila, enemiga de las sabandijas y dragones terrestres, se había posado sobre una máscara de granito, de proporciones descompasadas y de ojos huecos, destituidos de párpados. Recordaba la mirada obvia y directa de ciertos monstruos de la naturaleza. La máscara de granito, embellecida con algunos atavíos, habría igualado exactamente la imagen de una princesa del tiempo de los Faraones, rodeada de admiradores lunáticos en un museo de Europa.

La presencia del águila bastaba a disipar el maleficio difundido por aquella reliquia de una idolatría sanguinaria y frustraba la amenaza de las fieras consagradas.

Un viejo de aquella redonda se había empeñado en velar por el éxito de mi exploración y me había prometido el auxilio de su volátil gentilicio.

EL VIAJE EN TRINEO

EL COBRE y la plata yacían sepultados en una zona estéril, en donde los vegetales alcanzaban una arborescencia mezquina. El abedul enano y el liquen no conseguían alegrar la vista.

Un río continental permanecía más de la mitad del año paralizado por los hielos. Algunos barcos informes, de arte rudimentario, se deshacían en medio del clima estricto. Los autores de su fábrica juntaban las piezas por medio de sogas de cáñamo, sin el auxilio del hierro. Aquellos barcos navegaban pesadamente balanceando sus tres mástiles en el aire lívido.

Hombres apáticos, vestidos de piel de reno, moraban en la desembocadura del río. Unas aves de pico sórdido despedazaban en su presencia el cadáver de una ballena polar.

Aquellos hombres desaseados morían de roña y de escorbuto. No acostumbraban el uso de la sal y consumían el pescado sin despojarlo de sus vísceras.

Yo había arribado a aquel paraje cumpliendo un encargo del gobierno británico. Debía espiar la actividad de los agentes moscovitas, obstinados en nuestra pérdida. Había adoptado laboriosamente las costumbres y el lenguaje de aquellas naciones incultas y nadie me habría distinguido entre los mongoles de tez de azafrán.

Advertí inmediatamente la ineptitud de nuestros enemigos. No habían descubierto el modo de aplicar a la industria del armamento los metales atesorados en el suelo.

Algunos jinetes del Cáucaso habían penetrado en el territorio de una tribu desprevenida e inocente, sujeta a la autoridad incierta del emperador de China y desidiosa en pagarle el tributo de cuarenta pellizas de zorro blanco. Se decía devota de los espíritus infernales refugiados en una montaña de arena.

Yo persuadí la tribu en contra de los invasores prodigando el dinero y el aguardiente. Junté una muchedumbre armada de picas y bastones y la conduje al asalto de un pequeño reducto de madera en donde se guarecía el enemigo. El zar descuidó el agravio inferido a sus servidores y los incorporó a su guardia de honor.

Procuré aumentar mis conocimientos en ciencias naturales cuando me convencí de la incapacidad de nuestros émulos en el dominio del Asia. Me encaminé a un sitio famoso por el hallazgo de animales prediluvianos. Trabé en esa ocasión alguna amistad con un naturalista ruso, nacido en el litoral del Báltico y educado en Riga.

Juntaba a su preparación universitaria la credulidad y la superstición de un pope. Se embriagaba copiosamente para festejar el domingo y rodaba por el suelo dejando oír un hipo fatigante. Ingería habitualmente un pan negro, ácido, aromatizado de anís y de comino y salpicado de una salsa cáustica.

Se dio cuenta, no obstante, de la razón de mi viaje por aquel desierto y podía frustrar mi labor esforzada.

Había despertado mis celos previniéndome en el descubrimiento de una nueva casta de cedros de Siberia.

Conseguí envenenarlo en el curso de su embriaguez, dándole a comer de la carne de un mamut fósil.

LA VERDAD

LA GOLONDRINA conoce el calendario, divide el año por el consejo de una sabiduría innata. Puede prescindir del aviso de la luna variable.

Según la ciencia natural, la belleza de la golondrina es el ordenamiento de su organismo para el vuelo, una proporción entre el medio y el fin, entre el método y el resultado, una idea socrática.

La golondrina salva continentes en un día de viaje y ha conocido desde antaño la medida del orbe terrestre, anticipándose a los dragones infalibles del mito.

Un astrónomo desvariado cavilaba en su isla de pinos y roquedos, presente de un rey, sobre los anillos de Saturno y otras maravillas del espacio y sobre el espíritu elemental del fuego, el fósforo inquieto. Un prejuicio teológico le había inspirado el pensamiento de situar en el ruedo del sol el destierro de las almas condenadas.

Recuperó el sentimiento humano de la realidad en medio de una primavera tibia. Las golondrinas habituadas a rodear los monumentos de un reino difunto, erigidos conforme una aritmética primordial, subieron hasta el clima riguroso y dijeron al oído del sabio la solución del enigma del universo, el secreto de la esfinge impúdica.



ANTÍFONA

YO VISITABA la selva acústica, asilo de la inocencia, y me divertía con la vislumbre fugitiva, con el desvarío de la luz.

Una doncella cándida, libre de los recuerdos de una vida mustia, sujetaba a su albedrío los pájaros turbulentos. El caracol servía de lazarillo al topo.

Yo frisaba apenas con la adolescencia y salía a mi voluntad de los límites del mundo real. La doncella clemente se presentó delante de mis pasos a referirme las venturas de una vida señorial, los gracejos y desvíos de las princesas en un reino ideal. Yo los he leído en un drama de Shakespeare.

La memoria de mis errores en la selva diáfana embelesó mi juventud ferviente. Larvas y quimeras de mi numen triste, una ronda aérea seducía mis ojos bajo el cielo de ámbar y una corona de espinas, la de Cordelia, mortificaba las sienes de la doncella fiel.

EL ALUMNO DE TERSITES

YO ME HABÍA internado en la selva de las sombras sedantes, en donde se holgaba, según la tradición, el dios ecuestre del crepúsculo. Era un sagitario retirado del mundo y sustraído a la alegría y recibió por ello el castigo de una muerte anticipada. El numen de la luz le guardó un duelo continuo y le encomendó la hora ambigua del día.

Su amada había recibido la merced de la inmortalidad y recorría las veredas y atravesaba la espesura del monte, en donde reinaba perpetuamente la misma hora, a la vista de los celajes cárdenos.

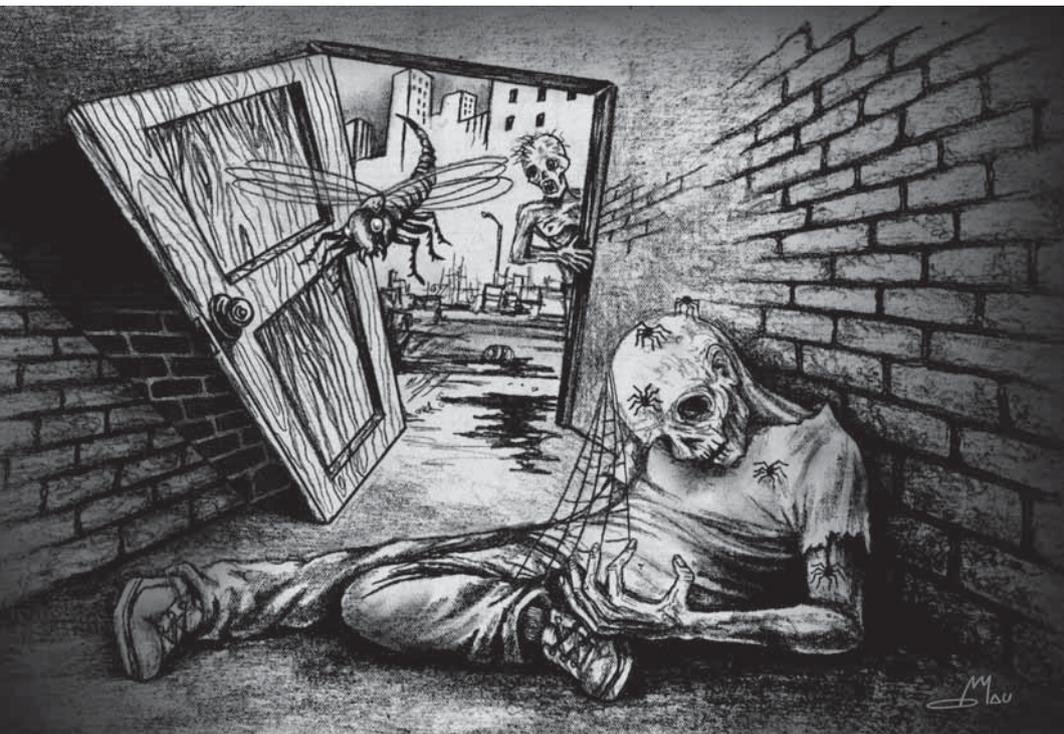
Un pensamiento supremo la había enmudecido.

El matorral componía una alfombra delante de sus pies y los árboles, soñando con el mediodía rutilante, arrojaban sobre su cabeza una lluvia de flores martirizadas.

Yo me había internado en la soledad silvestre, llevando de compañero al bufón desterrado de la corte. Decía sus gracejos en forma de argumento, parodiando risueñamente a los escolares y doctores. Shakespeare lo mienta en uno de sus dramas. Había incurrido, por imprudente, en el enojo de un rey venerable y de sus hijas.

El bufón dirigió la palabra, en son de festividad, a la mujer del bosque entredicho, elevada al mismo privilegio de las personas divinas, de hollar la tierra con pies desnudos e ilesos.

El bosque embelesado se mudó repentinamente en un cantizal y el flagelo del relámpago azotó las higueras condenadas a la esterilidad.



LA PLAGA

MI COMPAÑERO, inspirado de una curiosidad equívoca y de una simpatía vehemente por los seres abatidos y réprobos, andaba de brazo con una joven extraviada.

Intenté disuadirlo de semejante compañía, alegando el porte censurable de la mujer, afectada por la memoria de un hermano vesánico, autor de su propia muerte.

Nos separamos una noche memorable. Las fortunas se hacían y deshacían en el garito de mayor estruendo. Los reverberos derramaban una luz clorótica y aguzaban la fisonomía de los tahúres. La angustia electrizaba el aire del recinto y reprimía el aplauso y la risa de las mujeres livianas.

Una muchedumbre de insectos alados, cayó, el día siguiente, sobre la ciudad y difundió una peste contagiosa. Sus larvas se domiciliaban en los cabellos de los hombres y desde allí penetraban a devorar el encéfalo, socorridas de un mecanismo agudo. Arrojan de sí mismas un estuche fibroso para defenderse de alguna loción medicinal. Herían, de modo irreparable, los resortes del pensamiento y de la voluntad. Los infectados corrían por las calles dando alaridos.

Mi compañero se resistió a mi consejo de huir y vino a perecer, sin noticia de nadie, en su vivienda del suburbio.

Los naturales del reino se abstendrían de pisar el contorno de la ciudad precita. Los agentes del orden asentados en lugares

oportunos, impedían la visita de los rateros y circunscribían la zona del mal.

Yo arrostré la prohibición y conseguí descubrir la suerte de mi amigo.

Abrí, después de algún forcejo, la puerta de su casa y lo vi tendido en el suelo, mostrando haberse revolcado.

Unas arañas, de ojos fosforescentes y de patas blandas y trémulas, saltaban ágilmente sobre su cadáver. La nueva ralea había despoblado la ciudad, corriendo en pos de los supervivientes.

MONTERÍA

YO ME HABÍA fatigado corriendo tras de los carneros salvajes.

Hube de aliviar la sed en un pozo de agua salobre. Allí mismo quise restablecerme de una topetada. La sal había cristalizado en las orillas, en forma de nácar.

Los jóvenes de mi edad habían sido igualmente maltratados al perseguir aquellos animales irreductibles. Ninguno había sido victimado ni cogido en cepo. Se les asignaba una vida tenaz.

Oculté el daño recibido en el curso de la caza y no la referí a mis compañeros. Me recogí en mi cortijo al caer la tarde y quise envolverme en el humo de una hoguera de enebro. Yo gustaba singularmente de este leño perfumado y había juntado un haz de sus ramas al volver de la correría azarosa.

El aroma exhalado del fuego me inspiró una embriaguez dormitante y desenvolvió en mi presencia una avenida de estatuas monumentales. Las cabezas estilizadas imitaban exactamente la testa de las fieras hurtadas a mi persecución.

Yo reconocí, desconcertado, un pasaje de Tebas, la ciudad de las cien puertas.

ELASNO

YO NO PODÍA sufrir la vivienda lóbrega y discurría por la vega de la ciudad escolar.

Yo disfrutaba la soledad montado sobre un asno y me detenía en presencia de un río sereno. Los pájaros volaban al alcance de la mano y al amor de una ráfaga del infinito. Yo buscaba en el seno de las nubes rasantes el origen de una música de laúdes.

El senescal de un rey santo me había separado de solicitar la salud por medio de las letras y me invitaba a abrazar la humildad de las criaturas insipientes. El trato del senescal me reposaba de la meditación febril.

El rey santo vivía afligido por los reparos de una conciencia mórbida y se calificaba de soberbio al aceptar de sus hermanos el ministerio de criados de su mesa. La etiqueta se inspiraba en un paso de la Biblia.

El rey santo me había dirigido a pensar en los rodeos y asaltos del diablo a las almas de los moribundos. El trote modesto de mi cabalgadura facilitaba el arrobo y la pérdida de mis facultades. El asno frugal y resignado, presente en las ceremonias del culto, dividía conmigo la cuita suprema. Me salvó en una carrera súbita al descubrir, en el enredo de unas espadañas y lentejas fluviales, la obesidad innoble de una esfinge de ojos oblicuos.

EL PÁRAMO

LOS HUÉRFANOS se han formado en las praderas libres. Ejecutan solamente las veleidades de su albedrío.

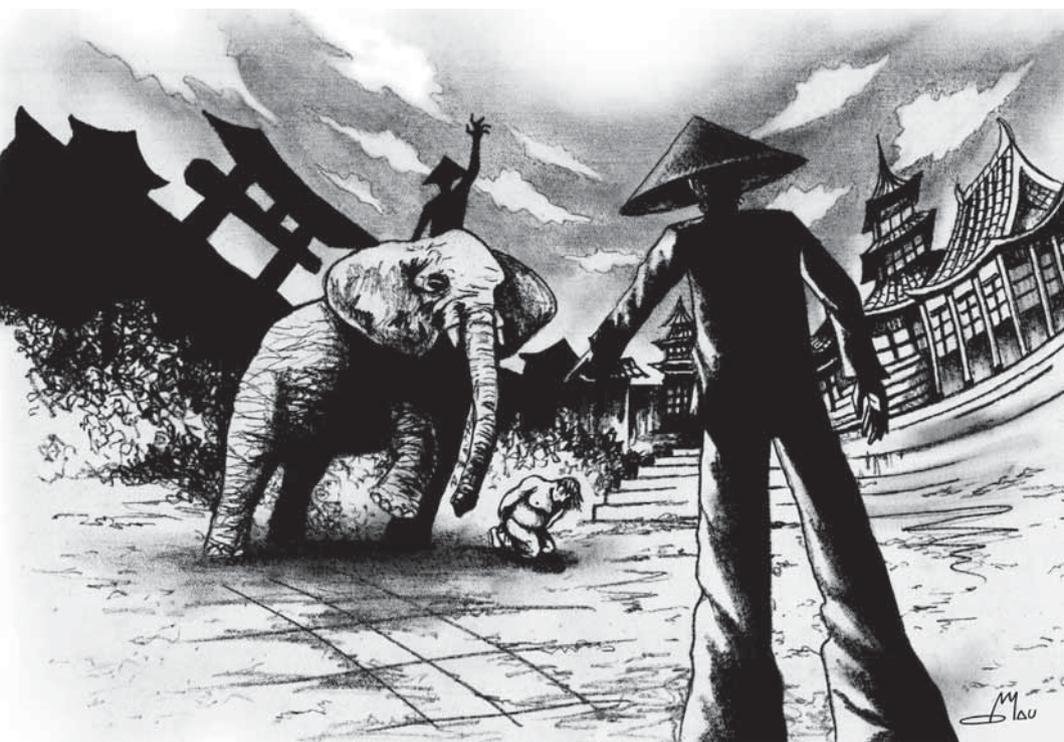
Han descubierto los secretos de la medicina rústica, mirando las costumbres de los animales. Discurren sobre los ejemplares de la selva, desde el cedro hasta el hisopo, a semejanza de Salomón, el monarca feliz. Un oso les ha cedido su caverna, usando la condescendencia de un abuelo. Un pájaro estridente les enseña el pronóstico de la lluvia.

Cantan en el retiro de la noche y el sapo verdinegro danza en dos pies delante de una luna mortal.

Disipan las visiones de la sombra y del miedo agitando en el aire un ramo de verbena céltica.

Se abstienen de encender lumbre en los días sujetos a una constelación inicua. Una figura sangrienta, vestida con la sotana de los suplicados, divide las fauces de la tierra y se declara su progenitor.

Los huérfanos la ahuyentan dirigiéndole motes indignos, reservados para el topo y demás criaturas de vivienda sórdida.



EL LINCE

ME HABÍA pagado en monedas falsas el precio de mi casa, dejándome en la descalcez y a la intemperie.

Volví a ganar la vida en una tarea lastimosa. Debía permanecer diez horas del día en los arrozales, hundido en el lodo tenaz. El sombrero en figura de parasol me defendía escasamente del cielo veraniego. Por allí mismo corría el viento de los tifones, suficiente para torcer los árboles y sacar a tierra las naves de los europeos, animadas y tiznadas por un fuego de carbón.

Denuncié mi caso a los magistrados de la provincia. Desesperaban de reprimir los fulleros y ladrones. Habían agotado la imaginación en el invento de suplicios terribles. Cercenaban gradualmente la persona del reo hasta reducirla a un torso o le estrechaban el cuello en un cepo de madera. Cualquier movimiento podía separar la cabeza de la víctima.

Resolví dejar mi tarea de labriego y seguir la pista del autor de mi desdicha. Los magistrados me alentaban pagándome un salario modesto.

Pasé en una balsa a la isla de Hong-Kong, asiento del pirata inglés y refugio de los salteadores del continente. Los agentes de policía, ajenos del carácter y del idioma del país, sufrían burlas y gatadas.

Me ocupé de dirigirlos en la muchedumbre y confusión de los garitos. Visité los fumaderos de opio y apliqué sendos moquetes a los viciosos de rostro enajenado y consumido.

Una cortesana me puso en el camino del hallazgo. Me abordó risueña y pizpireta, correteando y riendo. La faz de porcelana se iluminaba de risa y la cabellera imitaba la forma de un pájaro con las alas abiertas. Algunos pilletes quemaban petardos delante de su casa.

Me dio las señas de un garito subterráneo. Preceptos de moral, estampados en gallardetes y banderolas, negaban el carácter del sitio. Los negociantes más ricos de la isla aventuraban su fortuna a la luz timorata de un fanal de papel.

El autor de mi desgracia servía de banquero y de cambista. Un ropaje faldulario, de color amarillo, acentuaba sus ademanes pacíficos de obeso.

Lo entregué en manos de los gendarmes británicos y conseguí su restitución a los magistrados de mi provincia.

Yo fui invitado, en premio de mis servicios, a escoger la manera de ajusticiarlo.

Quedó de rodillas y con la frente sobre una loza.

Un elefante, montado por mí, le oprimió y quebrantó la cabeza con uno de sus pies delanteros.

EL VERSO

EL NENÚFAR blanco surgía de la piscina, entre los ánades soberbios de lucir en sus plumas el rubor de las llamas. El ciprés confundía en el polvo las hojas tenues, en el cruce de las avenidas. Sufría, vestido de luto, el riego de una llovizna de cristal.

Un doméstico, abastecido de un tridente de hierro y de una linterna en la cintura, recorría dando voces el jardín aciago. Los pavones ruantes animaban las horas indolentes de la cerrazón.

La princesa de China, de talle esbelto, apareció de puntillas a lamentar la corola decadente de las flores criadas bajo una campana de vidrio y se abandonó a sus lágrimas humildes e infantiles.

Ese mismo día fue solicitada en casamiento y dividió conmigo su amargura. Quiso llevarse a la tienda de campaña de un nómada, al yermo glacial, un juicio profundo, un verso de mi fantasía, aplicado a la dureza de la suerte y yo lo dibujé en su abanico de marfil, recordando los signos de una caligrafía noble.



EL MANDARÍN

YO HABÍA perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el tímpano colocado a la puerta de mi audiencia.

Mis criados me negaron a los dos ancianos, caducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recuperé el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el debelamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilentes. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorriban escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la perdición de mis émulos.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.

EL RETRATO

YO TRAZABA en la pared la figura de los animales decorativos y fabulosos, inspirándome en un libro de caballería y en las estampas de un artista samurái.

Un biombo, originario del Extremo Oriente, ostentaba la imagen de la grulla posada sobre la tortuga.

El biombo y un ramo de flores azules me habían sido regalados en la casa de las cortesanas, alhajada de muebles de laca. Mi favorita se colgaba afectuosamente de mi brazo, diciéndome palabras mimosas en su idioma infranqueable. Se había pintado, con un pincel diminuto, unas cejas delgadas y largas, por donde resaltaba la tersura de nieve de su epidermis. Me mostró en ese momento un estilete guardado entre su cabellera y destinado para su muerte voluntaria en la víspera de la vejez. Sus compañeras reposaban sobre unos tapices y se referían alternativamente consejas y presagios, diciéndose cautivas de la fatalidad. Fumaban en pipas de plata y de porcelana o pulsaban el laúd con ademán indiferente.

Yo sigo pintando las fieras mitológicas y paso repentinamente a dibujar los rasgos de una máscara sollozante. La fisonomía de la cortesana inolvidable, tal como debió de ser el día de su sacrificio, aparece gradualmente por obra de mi pincel involuntario.

EL FAVOR

YO SALÍ a correr monte, en la hora del alba, con unos jinetes proscritos. Nos detuvimos a leer el cartel donde se les amenazaba, fijo en un rollo de piedra, insignia del gobierno de la ciudad.

Yo retenía en mi poder el velo de una musulmana. Su dueña lo había despedido sobre mí desde su balcón, una noche serena de Tiflis. Sus deudos velaban a la redonda, con la mano en el puño de la espada y el caballo presto. El velo de seda transparente desprendía un viso mágico, ornamento y prestigio de mi persona.

El jefe de los jinetes no me perdía de vista y me señalaba al recelo de la cuadrilla en un lenguaje secreto, arte del garito y del presidio. La penuria del traje desentonaba con la nobleza de sus caballos y el lujo de sus armas de fuego. Preferían el antiguo fusil de pedernal.

No los acompañé sino breves instantes. Los soldados y los agentes de policía los habían alcanzado y sorprendido a hurto. La musulmana había denunciado el rumbo de la cuadrilla y el modo de salvarme. Los enemigos atendían al velo de seda y desviaban de mí sus disparos.

Los jinetes contumaces riñeron hasta morir. La vista de la mañana jovial los animaba a defenderse, a asirse de la vida. Los caballos, lejos del espacio de su llanura, prestaban un socorro fútil. Los heridos y los prisioneros fueron arrojados de cabeza a los precipicios de la montaña.

Se encarnizaban llamándome traidor.

LA CIUDAD DE LAS PUERTAS DE HIERRO

YO RASTREABA los dudosos vestigios de una fortaleza edificada, tres mil años antes, para dividir el suelo de dos continentes. Las torres se elevaban muy poco sobre las murallas, conforme la costumbre asiática. La antigüedad de aquella arquitectura se declaraba por la ausencia del arco.

El paso de Alejandro, el vencedor de los persas, había difundido en aquel país un rumor imperecedero.

Yo observé, desde un mirador de las ruinas, la disputa de Sergio y de Miguel, dos haraganes de origen ruso. Se les acusaba de haber asesinado y despojado a un caballero, cuando lo guiaba a través de un páramo. Se apropiaban las reses heridas por los cazadores del vecindario. Superaban la perfidia del judío y del armenio.

Miguel se retiró después de infligir a su adversario un golpe funesto y se encerró en la hostería donde yo me había alojado. Ninguna otra persona se había dado cuenta del caso.

El herido murió la noche de ese mismo día, profiriendo injurias y maldiciones. Miguel no podía, a tan larga distancia, conciliar el sueño y llamaba a voces los compañeros de alojamiento para salvarse de alucinaciones constantes.

Yo contribuí a serenarlo y lo persuadí a esperar, sin temor, hasta la mañana.

Lo dejamos solo cuando empezaba a dormirse.

Volvimos a su presencia después de entrado el día. Lo encontramos ahogado por unas manos férreas, distintas de las suyas.

EL NOMBRE

UN NAVEGANTE del rey Salomón celebraba sus aventuras en un mar diáfano y lucía las perlas y los corales del abismo. No alejaba de sus hombros un pájaro de voz humana.

Unos leones amenazaron la nave desde un litoral ardiente. Los marinos acertaron a distinguirlos en medio del resol y los hirieron con saetas encarnizadas.

Un viejo de fisonomía aguda gobernaba de noche el viaje después de humillarse en presencia de una luna bermeja, reducida a un esquife. Perteneecía a una raza de costumbres livianas, avezada a prosperar con la guerra, adquiriendo cautivos para venderlos de nuevo.

Los marineros se amedrentaron al escuchar su discurso infame y lo presentaron maniatado a la boca de las fieras, donde rugían más gravemente.

El viejo dirigía la nave a los jardines de loto del olvido.

El ave de voz humana sobrevino poco después a garantizar la fortuna de la navegación. Un pasajero intentó abatirla con su arco de marfil. Pero lo disuadió el grito unánime de los demás.

El ave se colgó del hombro del navegante hebreo, autor del cuento. Enunciaba a cada instante el nombre de su dueña y retenía en sus alas el perfume de un camarín. Felicidad es el apelativo constante de las princesas en los reinos fantásticos.

LA ABOMINACIÓN

EL SOLITARIO maldijo la ciudad en términos precisos y se escondió lejos, en una selva de espinos florecientes.

Los naturales divisaban, desde los miradores y solanas, un contorno inflamado. El moral resistía esforzadamente el suelo de nitro y el pozo de betún.

Las mujeres ejercían la autoridad y celebraban de noche un rito lúgubre y sensual. Yo mismo presencié la fiesta del llanto y del amor.

Conseguí sustraer de la muchedumbre una joven destinada a la orgía clamorosa. Adiviné el fervor de su ternura e inocencia. Unos piratas la habían cautivado sutilmente.

El solitario nos puso en el camino del mar y yo no acierto a distinguir si me perteneció la idea súbita de invocar el nombre de Ulises, para conciliarme la voluntad de unos remeros griegos.

EL DOMICILIO DEL EIDER

LAMANTECA viciada, el comestible rancio, el pescado fétido provocaban el escorbuto y la sarna en la isla secreta. Los naturales se felicitaban de su longevidad. Yo conocí más de un anciano de faz devorada.

Los pescadores aliviaban mi nostalgia alejándome de la costa de hierro en sus esquifes agudos, sobre un mar impasible.

El sol rezagado, el de una latitud anómala, variaba los colores del témpano en medio de una superficie de cobalto y se complacía en la amatista religiosa y en el ópalo de Bizancio.

Yo regresaba de la correría marítima a esconder la desesperanza en una vivienda singular. Los huesos de una ballena habían servido para su fábrica.

Me esforzaba infructuosamente en conciliar el sueño después de repetir un salmo gemebundo. Un rey me había proscrito de Dinamarca.

Yo volvía la mente a la doncella de mis afectos y celebraba su valentía en el acto de alentarme al destierro. Un sapo verrugoso, en el cieno torpe, levantaba su voz en honra de la luna y de la aureola fatídica de su tristeza.

La doncella de mis afectos había alcanzado las visiones de Santa Brígida y sentía a menudo la voz del Crucifijo. Su cadáver inmarcesible reposa en un ataúd de vidrio, a la vista de unas monjas de alma celeste.

LOS ELEMENTOS

EL PESCADOR de la isla seca me refería los mitos de la gentilidad, conservados en la tradición humilde. Se parecía a la cigarra febril, imagen de la elocuencia en las fábulas de Homero, al decantarlos en una forma inaudita.

El pescador insistía en el caso de un joven sacrificado por Aquiles. Se había ausentado llorando para el reino de los difuntos y aspiraba a ver de nuevo el panorama del día. Las musas acudieron del monte a extinguir la hoguera de sus cenizas y provocaron el nacimiento de una fuente, espejo de la aurora, en el mismo suelo inflamado. Las aguas de la fuente satisficieron, años indefinidos, la sed de los caballos de las cuadrigas siderales.

El pescador pasó a describirme el retorno vengativo del fuego desde el abismo infernal y su efecto en las aguas de la fuente, convertidas en una humareda rápida.

Una brisa de origen celeste disolvía su barba incivil y unas aves antiguas, desde unas ruinas egregias, prestaban asentimiento a la conseja entusiasta.

LAS ALMAS

LA NAVE tenía el nombre de una flor y de un hada. Dividía rápidamente la superficie elástica del mar. El grumete anunciaba a voz en grito la isla de las aves procelarias. Sus rocas se dibujaban en el crepúsculo tenue, simulando las reliquias de una ciudad. Significaban la guerra de los elementos en un día inmemorial.

Una humareda se descomponía, a breve distancia del suelo, en una serie de orbes distintos. Un ser aleve se entretenía quemando leña verde en una atmósfera alterada artificiosamente. De donde venían las figuras inusitadas del humo.

En pisando tierra, descubrimos al autor del fuego. La naturaleza había intentado de modo involuntario y a ciegas el esbozo de una criatura humana. La malignidad del endemoniado se traspintaba en su fisonomía rudimental. Encerraba el viento en un odre.

Lo tratamos osadamente y sin respeto y lo dejamos inerme y contrito. El nombre de nuestra nave despertó de su letargo y redimió de su cautiverio una compañía de formas aéreas. Nos siguieron en el tornaviaje y su presencia no llenaba espacio.

Las condujimos al pie de un monte y penetraron en el seno de unos árboles, para esconderse. Una laguna las rodeaba y defendía con sus gases.

Quedaron bajo la encomienda de un ave libre de los menesteres y limitaciones de la vida.

ELARRIBO FORZOSO

LA FRAGATA divide el mar de las ballenas y suspende la correría en el archipiélago de las aves. Los indígenas habitan cobertizos de madera y viven de la pesca, bajo un cielo de hollín.

El mito resume el origen de la sociedad módica.

El cuervo de la aventura, par del lobo en el festín de la batalla, dirige la nave del pirata ancestral, en una edad impía, y detiene el vuelo en el monte desnudo, en la cima de vidrio.

Yo me propongo recorrer la isla de basalto, percibir el lienzo de nieve.

Las olas de ritmo funeral mecen unos veleros de España en la rada sombría. Yo vuelvo la memoria a los mareantes vizcaínos, augures de la mitad del orbe en un siglo ignaro, y los diviso atónitos delante de la aurora boreal, danza de luces, asueto de corte en la soledad húmeda.

Visito la ciudad episcopal y sufro el ascendiente de la mujer súbita en una calle gris, donde prevale el signo proceros de la ojiva.

He descrito su efigie al pastor de almas, cuando me hospedé en su vivienda ese mismo día. Una lámpara de tierra, abastecida del aceite de un pez y dibujada conforme un arte secular, iluminaba la entrevista.

Señaló en el hallazgo fortuito un presente de la gracia. La faz convenía a la reina de un pasado arcaico, devota del viacrucis. Los

ojos inspiraban el ansia de un mundo invisible y lucía, en realidad, el hábito de una estatua yacente, sobre una tumba de hierro, en el país de la lluvia.

LA SALVA

UNA AMANTE pérfida me había sumergido en el deshonor. Su discurso ocupaba mi pensamiento con la imagen de una carrera absurda, en un bajel proscrito. Yo desvariaba en la sala de una orgía c nica.

Los cazadores de ballenas, aventurados antes de Col n y Vasco de Gama en el derrotero de los países inéditos, no habían previsto en sus cartas el sitio del extravío. Las aves del mar sucumbieron de fatiga sobre los palos y mesetas de mi galera. Yo me detuve al pie de unos cantiles inhumanos, bajo un cielo gaseoso.

Recorría en la memoria los pasajes de la Divina Comedia, donde alguna estrella, señalada por la vista augural de Dante, sirve para encaminarlo entre el humo del infierno y sobre el monte del purgatorio.

Mi viaje se verificaba en un mismo tiempo con la orgía decadente. Quise interrumpir el hastío del litoral grave, disparando el ca n de proa. El estampido redujo a polvo la casa del esparcimiento infame.

SPLEEN

EL VIAJERO inglés era la imagen del remordimiento. Se había separado de los hombres y los retaba a cara descubierta. Recorría con paso autoritario el esquife de un pescador cipriota, en la vecindad de una costa árida, frecuentada de cabras.

El pescador gemía disuadiendo del peligro al magnate presuntuoso, de gesto de pirata.

El inglés se proponía mirar de cerca la muchedumbre de los infieles, juntada para el exterminio de la civilización. Acampaban en donde antes crecía el viñedo y el olivar. El humo tortuoso de una fogata se criaba en el vestíbulo de un antro, reliquia venerada por los escolares de las naciones cultas, y seguía a infectar el aire enérgico del mar. Aquel humo vedaba la lumbre del sol y significaba un puñado de tierra lanzado al disco divino.

Un militar croata, desertor de la fe de sus mayores y contento de los extremos de una vida equívoca, dirige la artillería de los infieles y deshace el esquife en el segundo tiro.

El pescador, alcanzado en el hombro, no pudo intentar un esfuerzo y se convenció de la verdad de su temor. Las olas bulliciosas llevaban y traían, una hora después, su cadáver anémico y liviano.

El inglés volvió al real de sus compañeros y se ofreció de nuevo para el servicio de escampavía.

Se comparaba a un nadador mitológico e insistía en la veracidad de los aedas.

LA ISLA DE LAS MADRÉPORAS

LOS SALVAJES miran una mueca en el rostro de la luna. Se llenan de susto e imputan al ogro nocturno alguna ofensa infligida al astro malignante.

Sintieron durante el sueño sus pisadas rotundas. Debía de apoyar en ese momento su talla desemejable sobre un asta arrancada del bosque.

El más gallardo de los mozos se dispone a salir en demanda de la ballena. Los compañeros celebran sus hazañas de cazador, su impavidez en el escalamiento de las montañas y traen su genealogía del buitre carnicero.

Un lamento del bosque desaconsejaba la empresa del joven caudillo y sonó más fuertemente al salir en su nave de velamen de esparto.

Los compañeros lo seguían cabizbajos y se equivocaban a menudo en la maniobra.

El joven cazador, esperanza de una sociedad natural, divisa un pez deleznable y lo persigue apasionadamente. Los compañeros se quejan de la caza infructuosa y proponen el retorno.

El joven caudillo pierde el dominio de sí mismo y solicita derechamente su ruina. Se enreda en la soga del arpón y lo dispara consumiendo el esfuerzo de su brazo.

El pez herido lo arrastra al abismo de las aguas y un torbellino de gaviotas señala, días enteros, el paraje del suceso.

OFIR

LABORRASCA nos había separado del rumbo, arrojándonos fuera del litoral.

Empezábamos a penetrar en la noche insondable del océano.

Oímos el gemido de unas aves perdidas en la inmensidad y yo recordé el episodio de una fábula de los gentiles, en donde el héroe escucha graznidos al cruzar una laguna infernal. Los marineros, mudos de espanto, sujetaron a golpe de remo el ímpetu de la corriente y salieron a una ribera de palmas.

Yo vi animarse, en aquella zona del cielo, las figuras de las constelaciones y miré el desperezamiento del escorpión, autor de la caída de Faetonte.

Nosotros desembarcamos en la boca de un río y nos internamos siguiendo sus orillas de yerba húmeda. Los naturales nos significaron la hospitalidad, brindándonos agua en unas calabazas ligeras.

Subimos a reposar en una meseta y advertimos el dibujo de una ciudad en medio de la atmósfera transparente. La comparamos a la imagen pintada por la luz en el seno de un espejo.

El rey, acomodado en un palanquín, se aventuraba a recorrer la campiña, seguido de una escolta montada sobre avestruces. Gozaba nombre de sabio y se divertía proponiendo acertijos a los visitantes de su reino.

Unos pájaros, de plumaje dispuesto en forma de lira, bajaban

a la tierra con vuelo majestuoso. Despedían del pecho un profundo sonido de arpa.

Yo discurrí delante del soberano sobre los enigmas de la naturaleza y censuré y acusé de impostores a los mareantes empecinados en sostener la existencia de los antípodas.

El rey agradeció mi disertación y me llevó consigo, en su compañía habitual.

Me regaló esa misma noche con una música de batintines y de tímpanos, en donde estallaba, de vez en cuando, el son culminante del sistro.

Salí el día siguiente sobre un elefante, dádiva del rey, a contemplar el ocaso, el prodigio mayor del país, razón de mi viaje.

El sol se hundía a breve distancia, alumbrando los palacios mitológicos del mar.



RÚNICA

EL REY inmoderado nació de los amores de su madre con un monstruo del mar. Su voz detiene, cerca de la playa, una orca alimentada del tributo de cien doncellas.

Se abandona, durante la noche, al frenesí de la embriaguez y sus leales juegan a herirse con los aceros afilados, con el dardo de cazar jabalíes, pendiente del cinto de las estatuas épicas.

El rey incontinente se apasiona de una joven acostumbrada a la severidad de la pobreza y escondida en su cabaña de piedras. Se embellecía con las flores del matorral de áspera crin.

La joven es asociada a la vida orgiástica. Un cortesano dicaz añade una acusación a su gracejo habitual. El rey interrumpe el festín y la condena a morir bajo el tumulto de unos caballos negros.

La víctima duerme bajo el húmedo musgo.

EL HALLAZGO

LOS MARINOS me habían acostado en el ataúd de sicomoro, habilitándome para el sueño subterráneo. Se ausentaron después de ensayar conmigo una planta de cebolla, de olor nauseabundo. Me dieron a beber el zumo de sus hojas velludas y de su raíz, del grueso de un dedo. Se pagaba del suelo seco y sus flores apacentaban la voracidad de un enjambre de sabandijas de coselete doble, abastecidas con el aparejo de un verdugo.

El dolor de cabeza y un ligero frenesí me asaltaron después del cesamiento del sopor. No vi sino imágenes de espanto y de crueldad. Un pájaro se ensañaba con su hijo.

He roto sin darme cuenta la cifra de un pensamiento inexpressable, dibujada en la frente de un monolito, y miré alzarse delante de mí una serie de estatuas indignadas, de ojos de esmalte.

He desechado, recelando una perfidia, la nave suelta en el vecino río de lodo, en medio de una selva marchita.

Esforcé el paso en demanda de un monte sereno, en donde nacieron y posaron la planta fugitiva, una vez proscritos, los númenes alegres del paraje.

Descubrí una lápida adherida a un sitio inaccesible de la cueva, y la alcancé a rastras y jadeando. Mostraba, a manera de señal, una figura humana terminada en el pico de un ave rapaz. Cedió

fácilmente al empuje de mis manos y dejó ver un aposento húmedo y fosforescente.

He escondido de los compañeros infieles el secreto de mi riqueza inagotable.

LA PENITENCIA DEL MAGO

RECIBÍ ADVERTIMIENTOS numerosos de origen celeste cuando empezaba a iniciarme en una ciencia irreverente. Me disuadían de seguir la demanda de verdades superiores a la fragilidad del hombre, y me amenazaban con la pérdida de la felicidad el mismo día de tenerla a mi alcance y con la prolongación expiatoria de mis días.

La meditación orgullosa había desmedrado aceleradamente mi organismo, anticipando las señales de la vejez.

Vi en la ruina de mi salud el último aviso de una potestad indignada.

Volví en mis fuerzas retirándome a la soledad de un predio, defendido por barrancos y hondones. De allí salí más tarde, en busca de impresiones nuevas, para un reino de tradiciones y de ruinas. Y, debajo de un pórtico despedazado, encontré una mujer adolescente, de ojos extasiados.

De tanto frecuentar su trato plácido, sentí el contagio de su arrobamiento, y sané de la zozobra anterior, disfrutando una promesa de bienestar.

Una tarde le referí los atentados de mi pasada curiosidad soberbia.

Mis palabras alarmaron su imaginación; ratificaron temores informes de peligros entrevistos o soñados durante su niñez retraída. Aquel sobresalto comenzó la abolición de su pensamiento y fue el estímulo de una agonía larga.

Seguí adelante al comenzar el advenimiento de las amenazas fatales. Buscaba un lugar apacible donde pagar el resto de la sanción irrevocable y esperar el diferido término de mis días.

Di con este país sumido en silencio nocturno. Escogí para edificar mi retiro la sombra de esta selva, tapiz desenvuelto al pie de los montes.

Sobre la selva y sin alcanzar la altura de los montes, vuelan ocasionalmente algunas aves de alas fatigadas.

EL VALLE DEL ÉXTASIS

YO VIVÍA PERPLEJO descubriendo las ideas y los hábitos del mago furtivo. Yo establecía su parentesco y semejanza con los músicos irlandeses, juntados en la corte por una invitación honorable de Carlomagno. Uno de esos ministriles había depositado entre las manos del emperador difunto, al celebrarse la inhumación, un evangelio artístico.

El mago furtivo no cesaba de honrar la memoria de su hija y sopesaba entre los dedos la corona de perlas de su frente. La doncella había nacido con el privilegio de visitar el mundo en una carrera alada. La muerte la cautivó en una red de aire, artificio de cazar aves, armado en alto. Su progenitor la había bautizado en el mar, siguiendo una regla cismática, y no alcanzó su propósito de comunicarle la invulnerabilidad de un paladín resplandeciente.

El mago preludiaba en su cornamusa, con el fin de celebrar el nombre de su hija, una balada guerrera en el sosiego nocturno y de esa misma suerte festejaba el arribo de la golondrina en el aguaviento de marzo.

La voz de los sueños le inspiró el capricho de embellecer los últimos días de su jornada terrestre con la presencia de una joya fabulosa, a imitación de los caballeros eucarísticos. Se despidió de mí advirtiéndome su esperanza de recoger al pie de un árbol invisible la copa de zafir de Teodolinda, una reina lombarda.

EL CASTIGO

EL VISIONARIO me enseñaba la numeración valiéndose de un árbol de hojas incalculables.

Pasó a iniciarme en las figuras y volúmenes señalándome el ejemplo del cristal y la proporción guardada entre las piezas de una flor. Descubría en el cuerpo más oscuro un átomo de la luz insinuante.

El visionario desaparecía al caer la tarde en un esquife de cábida superficial. Creaba la ilusión de zozobrar en una lejanía ambigua, en medio de un tumulto de olas. Yo miraba flotar las reliquias de su veste y de su corona de ciprés.

Volvía el día siguiente a escondidas de mí, usando el mismo vestido solemne de un sacerdote hebreo, conforme el ritual de Moisés.

Comentaba en ese momento el pasaje de un rollo de pergamino, escrito sin vocales. La portada mostraba la imagen del licaón, el lobo del África. Terminaba citando el nombre de los profetas vengativos y soltaba a la faz de la mañana un himno grandioso donde se agotaba el torrente de su voz.

Dejé de verlo cuando se puso al habla temerariamente, a través del espacio libre, con un astro magnético.

La rotonda, en donde se había acogido, vino súbitamente al suelo, rodeada de llamas soberbias.

EL CAPRICORNIO

FIJAMOS LA TIENDA de campaña en el suelo de arena, invadido por el agua de una lluvia apacible. Vivíamos sobre las armas con el fin de eludir la sorpresa de unos jinetes de raza imberbe.

Unas aves de pupila de fuego, metamorfosis de unos lobos empedernidos, alteraban la oscuridad secreta. Un lago trémulo recogía en su cuenca la vislumbre de un cielo versátil.

Sufríamos humildemente la penuria del clima. Derribamos un cabrío, el primero de una tropa montaraz, y nos limitamos a su vianda rebelde, coriácea. Los cuernos repetían la voluta precisa de los del capricornio en la faja del zodiaco.

Plutarco, prócer de un siglo decadente, cita los ensueños torpes, derivados de los manjares aviesos, y persiste en reprobarnos la cabeza del pólipo.

Los jinetes habían dirigido en nuestro seguimiento el rebaño funesto. Esperanzados en el desperdicio de nuestra pólvora, inventaron el ardid magistral de ponerlo a nuestro alcance. De donde vinieron la captura y el aprovechamiento de la res infame y la danza de unas formas lúbricas en el reposo de la cena.

Disparamos erróneamente los fusiles sobre el ludibrio de los sentidos. Unos gatos de orejas mótiles cabriolaban, a semejanza de los sátiros ebrios de un Rubens, en el seno de una llama venenosa.

EL SAGITARIO

SUBÍ LA ESCALERA de mármol negro en solicitud de mi flecha, disparada sin tino. La hallé clavada en la puerta de cedro, embellecida de dibujos simétricos.

Yo acostumbraba disparar el arco de plata, semejante al de Apolo, con el fin de interrogar a la fortuna. Yo estaba a punto de salir en un bajel de vela cuadrada y no fiaba sino en los de vela triangular. Había crecido satisfaciendo mis veleidades y caprichos.

Una mujer salió a espaldas de mí, se adelantó resueltamente a desprender la flecha trémula y me la alargó sin decir una palabra. Su presencia había impedido el acierto de mi disparo. Yo reconocí una de las enemigas de Orfeo.

Quedé prendado de aquella mujer imperiosa, ataviada con la piel de una pantera. Creí haberla visto a la cabeza de una procesión ensañada con las ofrendas tributadas al mausoleo del amante de Eurídice. Su gesto de cólera desentonaba en la noche colmada.

Defendí una vez más las cenizas del maestro y espanté la turba de las mujeres encarnizadas, simulando, desde una arboleda, rugidos salvajes. Yo esperaba sufrir de un momento a otro el desquite de aquella estratagema.

La mujer subió conmigo dentro de la nave y llamó despóticamente a su servicio las fieras del mar, ocultas en los arrecifes. Los marinos se entendieron con la mirada y escogieron un rumbo nuevo. El sol trazó varias veces el arco de su carrera sobre

el circuito de las aguas. Un ave desconocida volaba delante de nosotros.

Yo fui abandonado a mis propios recursos en un litoral cenagoso, desde donde se veía, a breve distancia, un monumento consagrado a las furias.

Yo descubrí el nombre del sitio recordando una lamentación de Orestes.

EL VENTUROSO

YO SALÍ, a la hora prohibida, del templo solar y me adelanté más allá de la torre coronada de una estrella, emblema y recuerdo de Hércules.

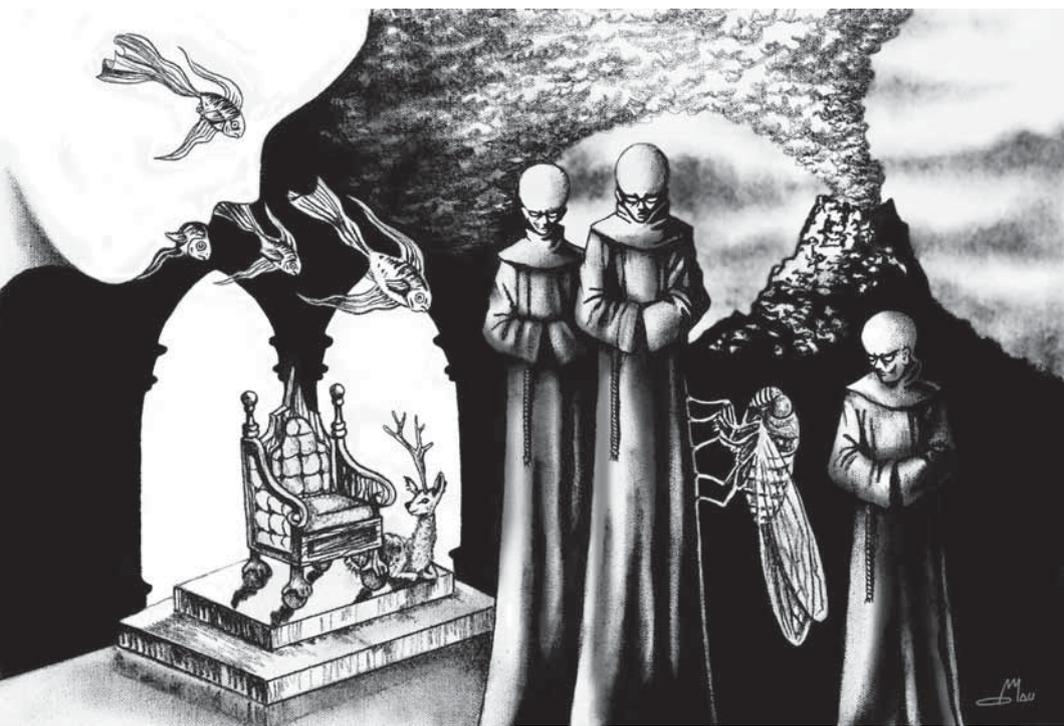
Acudí en servicio de una mujer desfallecida sobre la ribera de un mar inmóvil y de aguas negras, en donde zozobraba un arbol extravagante. Ostentaba la corona de violetas de la penitencia y pedía a voces el alivio del sueño. Desapareció dejando en mis manos su veste de gasa lunar.

Yo había perdido el camino del regreso y seguí los pasos de un gato salvaje encarnizado en la persecución de un faisán.

Vine a dar en un paraje cerril y hallé gracia entre unos cazadores magnánimos. Combatían el elefante al arma blanca, auxiliados de unos perros de la casta maravillada por Alejandro, el vencedor de los persas. Uno solo bastaba para estrangular al león.

Adopté fácilmente sus costumbres. Se decían los preferidos del sol y los hombres más cercanos de donde nace.

He llegado hasta presidir la única ceremonia de su religión. Elevan al amanecer un coro de lamentos en memoria del hijo de la Aurora, sacrificado por Aquiles.



EL TÓTEM

YO HABÍA PERDIDO un año en ceremonias con el rey del país oculto. Los áulicos sagaces anulaban mi solicitud y sufrían los desahogos de mi protesta con una sonrisa neutral.

Yo procuraba intimidarlos con el nombre de mi soberano y describía enfáticamente los recursos infinitos de su armada. Se creían salvos en el recinto de sus montes.

Yo entretenía el sinsabor criticando el estatuto de la familia. Me holgaba con el trato de las mujeres infantiles y de los niños alegres y descubría los efectos de una crianza atendida a la captura del presente rápido. Un pasaje en verso, el primer asunto fiado a la memoria, escrito en una cinta de seda, insistía de modo pintoresco en la realidad sucesiva.

Nunca he visto igual solicitud por las criaturas simples de la naturaleza. Los niños demostraban un alma indulgente en su familiaridad con las cigarras y con las mariposas recogidas, durante la noche, en una jaula de mimbre y se divertían con las piruetas y remolinos de unos peces de sustancia efímera, circulantes en un acuario de obsidiana.

Un cortesano, especie de senescal, me visitó una vez con el mensaje de haber sido allanados los inconvenientes de mi embajada. Yo debía presenciar, antes de mi retorno y en señal de amistad, una fiesta dirigida a conciliarme los genios defensores del territorio. El cortesano se alejó después de asentarme en el hombro su abanico autoritario.

La fiesta se limitaba a recitar delante de un gamo unicorne, símbolo de la felicidad, pintado en un lienzo escarlata, unos himnos de significación abolida. Unos sacerdotes calvos no cesaban de imprimir un sonido igual en sus tamboriles de azófar.

Uno de los oficiantes renunció el vestido faldulario y el instrumento desapacible con el propósito de facilitar mi salida. Gobernó un día entero mi balsa rústica, palanca en mano, según el curso de un río tumultuoso.

El gamo unicorne, signo del feliz agüero, se dejó ver sobre la cima de un volcán extinguido.

EL RITO

ME HABÍAN TRAÍDO hasta allí con los ojos vendados. Llamas sinuosas corrían sobre el piso del santuario en ciertos momentos de la noche sepulcral, subían las columnas y embellecían la flor exquisita del acanto.

Las cariátides de rostro sereno, sostenían en la mano balanzas emblemáticas y lámparas extintas.

Me propongo dedicar un recuerdo a mi compañero de aquellos días de soledad. Era amable y prudente y juntaba los dones más estimados de la naturaleza.

Aplazaba constantemente la respuesta de mis preguntas ansiosas. Yo le llevaba algunos años.

Él murió a manos de una turba delirante enemiga de su piedad. Me había dejado en la ignorancia de su origen y de sus servicios.

Yo estuve cerca de abandonarme a la desesperación. Recuperé el sosiego invocando su nombre, durante una semana, a la orilla del mar y en presencia del sol agónico.

Yo retenía un puñado de sus cenizas en la mano izquierda y lo llamaba tres veces consecutivas.

EL SUPERVIVIENTE

EL RÍO FUNERAL principia en una ciénaga del infierno, donde gimen las sombras errátiles. Describe circuitos lánguidos antes de salir a la faz de la tierra. Su linfa discurre por una vía de sauces tenues y los inunda. Ovidio no transita, durante su confinamiento, una ribera más infeliz.

Yo venía siguiendo los pasos de la sibila de castidad incólume. Escondía su rostro en el velo mágico donde Proserpina dibuja, siglos antes, las formas de los seres. Yo portaba en la diestra una flor mitológica y la ofrecía en secreto al signo presente del zodiaco.

La sibila se perdió en la gruta del río, subiendo el curso lóbrego. Se hurtaba a la vista de la humanidad nueva, sustraída, mil años, al dictamen del Olimpo resplandeciente.

La fuga de la sibila me inspiró el acierto de recorrer la obra de Virgilio para conciliar sus presagios volátiles y entenderlos a cabalidad. Yo vislumbro el semblante del vate romano en el pórtico del mundo caliginoso.

El asalto de una raza boreal anuncia el milenio del eclipse. Yo me insinúo en la muchedumbre de los vencedores y reprendo el desmán y la jovialidad incivil. Mi intrepidez en el umbral de la muerte y la asistencia de Virgilio me confieren el privilegio de una vida inmune.

LAS RUINAS

SENTÍA BAJO MIS PIES la molicie del musgo de color de herrumbre, aficionado a la humedad. Proliferaba sobre el tejado y en la rotura de las paredes y de las ménsulas.

Sobre la maciza escalinata había corrido un tropel de caballos alados y de zueco de hierro, a la voz de un héroe imberbe, lisonjeado por la victoria.

Hería con una maza ligera y usual como un cetro, de cabeza redonda y armada de puntas metálicas.

Yo visitaba, después de un decenio, el palacio de techo hundido. La lluvia, descolgada perpetuamente a raudales, había desnudado, de su delgado tapiz de tierra, la roca de granito situada a los pies y delante del edificio. Su acceso había llegado a ser una cuesta difícil.

Yo me incliné delante de la imagen de un santo, aposentada en su vetusta hornacina, orlada de parietarias, y bajé a perderme en una senda de robles. Desde sus ramas bajaban hasta el suelo de arena los sarmientos péndulos de una flora adventicia.

Yo seguí por ese camino, solo y sin deponer la espada, y vine a sentarme, ansioso de meditar y de leer, en un poyo de piedra, ceñido al pie de un árbol imprevisto.

Sus hojas amarillas y de un revés grisáceo vibraban al unísono del mar indolente y una de ellas, volando al azar, rozó mi cabeza y vino a llenar de fragancia las páginas de mi libro de Amadís.

EL RESCATE

LOS DUENDES visitaban la luna a su voluntad y entretenían la vista de los palurdos, a tan larga distancia, con el simulacro de una liebre despavorida.

Los duendes voluntariosos se ensañaban con los palurdos y sus animales de labranza y cubrían de herrumbre los enseres. Se habían soltado, un siglo antes, del magisterio de Paracelso.

Los duendes fementidos habían divulgado a los cuatro vientos un error galante de la reina Mab y señalaban sus mercedes ilícitas en el trato con Ariel. La ofensa dirigida a la reina contrista el alma indulgente de Shakespeare e influye en su muerte precoz.

Yo percibí el temperamento de los palurdos al convalecer de una fiebre en su vecindad. Yo servía de pedante en una farándula trivial.

El más crédulo solicitó mi consejo en un caso de sobresalto. Me preguntó si debía retener cautivo al maestro de los duendes fútiles, enlazado en una trampa de lobos e insigne por el pie bisulco o si lo perdonaba en cambio de una suma de rubíes.

Desoyó mi sentencia de sujetarlo y de alternar la aspereza con el donaire y recibió un premio irrisorio.

Plinio se refiere a las piedras preciosas originadas del residuo abyecto del lince.

EL ADVENIMIENTO DE SAGITARIO

YO HABÍA escapado la saña de mis enemigos, retirándome dentro del país, al pie de las montañas, de donde bajan, en son de guerra, las tribus homicidas.

Había dejado la ciudad nativa y su alegre ensenada al arbitrio de una facción vehemente.

Me había seguido la cautiva meditabunda, a quien rescaté de los piratas, seducido por su belleza grave. Solo se animaba al recordar el suelo de su nacimiento, donde las selvas de ébano prosperan cerca del océano infecundo.

Mis huéspedes temían haber ofendido a su dios aborigen, arquero vengativo. Lo creían deseoso de continuar entre los hiperbóreos, moradores, en casas de madera, de un clima propicio, donde una luz vaga reposa los sentidos.

Autoritarios sacerdotes, negados al regalo, buscaban reconciliarlo por medio de una ceremonia decisiva. Me impusieron la separación de mi compañera y el sacrificio de su vida.

Partió de mí con adiós interminable, despertador de la compasión.

Un galope solitario y el aire trémulo de saetas invisibles anunciaban, al mediar la noche, el retorno del numen.

EL ESCOLAR

LA SONÁMBULA sufría de la perfidia de un amante. Había enfermado de considerar una aspiración remota.

Merecía el nombre de visionaria y de profetisa y pasaba la mitad del día arrodillada delante de una imagen de arcilla negra. Le tributaba siempre el exvoto de una flor cantada en las hipérboles de la Biblia y conservada por muchas generaciones devotas. La flor exhausta recuperaba su perfume bajo el rocío del agua bendita. Había adornado el peto de un cruzado.

La sonámbula me predijo el éxito de mis intentos y me inspiró la voluntad de aplicarme al juego de manera más vehemente. Salía vencedor de los garitos en medio del asombro y de la envidia de los perdularios. Malograron su tiempo ordenándome asechanzas e invitándome a fiestas campestres. Me rodeaban solapados y famélicos.

La sonámbula me separó de usar los consejos de un médico en la crisis de una fiebre inopinada. Me salvó de recibir los gérmenes de una enfermedad desaseada y frustró una vez más el despecho de los perdidosos.

Yo la recibí en mi compañía y la llevé a respirar las auras del mar de Sicilia, de donde vino el restablecimiento de su hermosura.

Mis enemigos nos dispararon por última vez sus arcabuces desde unas ruinas.

Yo había dejado mis lares nativos con el propósito de reconstituir un momento deplorable de la antigüedad bajo la sombra de Tucídides.

LA CUESTACIÓN

SALÍA DE MI CELDA, en anocheciendo, a juntar limosnas para el enterramiento de los suplicados y el consuelo de sus hijos. Las recibía copiosamente de los próceres de la ciudad, amigos de la diversión y del riesgo, atentos al mejor provecho de la hora presente, según la costumbre de los paganos y la advertencia de sus autores mendaces. La mañana eclipsaba a menudo las antorchas vigilantes de la orgía, cuando no declaraba las víctimas de la sensualidad o permitía reconstituir, en vista de una carroza volcada, la riña de los satélites.

El cielo habría llovido sus meteoros fulminantes sobre la ciudad incrédula, si no estuviera presente la doncella de mirada atónita y rostro exangüe, ejemplo de una fraternidad religiosa y de su ley estricta. Volaba sobre la tierra nefanda y su voz prevenía el ademán del homicida.

Pertenecía a un linaje de caballeros, los más entusiastas de una cruzada, lisonjeados con la promesa de una corona en ultramar. Satisfacía una penitencia atávica, motivada por una de sus abuelas, el hada Melusina, acusada de mudar la mitad del cuerpo, un día de la semana, en una cauda lúbrica de sirena.

La devoción de la doncella redime sus deudos de la visita de un fantasma. El hada Melusina, resentida con sus descendientes, frecuentaba las torres de sus palacios, amenazando calamidades.

LA REDENCIÓN DE FAUSTO

LEONARDO DAVINCI gustaba de pintar figuras gaseosas, umbrátiles. Dejó en manos de Alberto Dureró, habitante de Venecia, un ejemplar de la Gioconda, célebre por la sonrisa mágica.

Ese mismo cuadro vino a iluminar, días después, la estancia de Fausto.

El sabio se fatigaba riñendo con su bachiller presuntuoso, de cuello de encaje y espadín, y con Mefistófeles, antecesor de Hegel, obstinado en ejecutar la síntesis de los contrarios, en equivocarse el bien con el mal. Fausto lo despidió de su amistad, volvió en su juicio y notó por primera vez la ausencia de la mujer.

La criatura espectral de Leonardo da Vinci dejó de ser una imagen cautiva, posó la mano sobre el hombro del pensador y apagó su lámpara vigilante.



EL TALISMÁN

VIVÍA SOLO en el aposento guarnecido de una serie de espejos mágicos. Ensayaba, antes de la entrevista con algún enemigo, una sonrisa falsa.

Había exterminado las hijas de los pobres, raptándolas y perdiéndolas desdeñosamente. Alberto Durero lo descubrió una noche en solicitud de una incauta. El galán se había provisto de un farol de ronda para atisbar a mansalva y volvió a su vivienda después de un rodeo infructuoso y sobre un caballo macilento. El artista dibujó, el día siguiente, la imagen del caballero en el acto de regresar a su guarida. Lo convirtió en un espectro cabalgante y le sustituyó el farol de ronda por un reloj de arena.

El caballero habita una casa desprevenida de guardianes, sumida en la sombra desde la puesta del sol. No se cuenta de ningún asalto concertado por sus malquerientes.

Se abandona sin zozobra al sueño inerme. Fía su seguridad al efluvio de una redoma fosforescente, en donde guarda una criatura humana, el prodigio mayor del laboratorio de Fausto.

EL REBELDE

EL CINCELADOR italiano trabaja con el arcabuz al lado. Trata a los magnates de su siglo mano a mano y sin rebozo, arrogándose una majestad superior.

Sus pasiones no se coronan de flores, ajustándose a la imagen de Platón, muy celebrado en esos días, sino se exaltan y revuelven a la manera de la hueste épica de las amazonas.

Los cortesanos de un rey batallador lo saludan con un gesto de asombro y se dividen para formarle calle. Derrama en el suelo y a los pies del trono las dádivas de su arte seguro y de su numen independiente. Las joyas despiden en la oscuridad una luz convulsa y reproducen la vegetación caprichosa del mar y las quimeras del terror.

Se cree invulnerable y desahoga en aventuras y reyertas la índole soberbia. Aleja de tal modo las insinuaciones del amor y de los afectos humanos para seguir mereciendo el socorro de la salamandra y de la república volante de las sílfides.

EL RENCOR

LA MÚSICA del clavecín, alivio de un alma impaciente, vuela a perderse en el infinito. La artista divisa, por la ventana de su balcón, el río fatigado y el temporal de un cielo variable.

El instrumento musical había venido de Italia, años antes, por la vía del mar. Los naturales de mi provincia convinieron en el primor de la fábrica y dejaron, esa vez, de enemistarse por una causa baladí. Los artesanos habían aprovechado la madera de un ataúd eterno.

La artista no se mostraba jamás. Un drama de celos había arruinado su casa y dividido a sus progenitores. Los hermanos la vedaban a la vista de los jóvenes y riñeron conmigo al sorprenderme en la avenida de su mansión. Yo vivía suspenso por efecto de los sonos ansiosos y sobrellevé la arbitrariedad y no me adherí al resentimiento de mis abuelos, heridos por esa familia rival.

La artista había nacido de una pasión ilícita, oprobio del honor intransigente. Yo vine a discurrir sobre el desvío de los suyos para mis antepasados y concebí una leyenda oscura y tal vez injusta.

Los hermanos de la artista aceptaron sin recato mi pésame cuando sucumbió de un mal exasperado. Los retratos de la sala mortuoria me dirigieron una mirada penetrante e impidieron la reconciliación definitiva.

EL REMORDIMIENTO

EL GENTIL HOMBRE pinta a la acuarela una imagen de la mujer entrevista. La vio en el secreto de su parque, aderezada para salir a caza, en medio de una cuadrilla de monteros armados de venablos.

El gentil hombre imprime la visión fugaz, marca la figura delgada y transparente.

Los caballos salieron a galope, ajando la hierba de la pradera lustrada por la lluvia. El gentil hombre se incorporó a la cabalgata, de donde toma la escena para el arte de su afición.

Recuerda las peripecias y los casos de la partida y, sobre todo, la muerte de su rival, precipitado dentro de un foso inédito en el curso de la carrera.

El gentil hombre fue inhábil para salvar la vida del jinete y llega hasta considerarse culpable. Abandona el pincel y se cubre con las manos el rostro demudado por las sugerencias de una mente sombría.

EL SIGILADO

EL ESTUDIANTE entrega al magnate las trovas donde refiere cuantas apasionadas.

Ha desertado de las aulas para adelantar en el arte de la guitarra y celebrar las prendas de su amada en el recato de la noche, sin cuidarse de la inquietud y de la curiosidad de los vecinos.

Los maestros, de reverendas mucetas y perspicaces antiparras, amonestan y reprimen al galán.

Las composiciones líricas descubren el dejo y la apatía de la desesperanza, el deseo de una felicidad inaccesible. El autor se compara a un boyero de vida humilde y clandestina, zarandeado y desesperado por la suerte.

El magnate se hace cargo de las especies vertidas contra la fama del joven y le censura, en términos animados de simpatía, el desperdicio del tiempo. Reserva sus escritos en un cartapacio de badana y lo despide cortésmente, siguiéndolo con la vista, a hurtadillas de los pedigüeños.

El magnate piadoso, avisado por los celadores de la religión, deja de patrocinar al estudiante, cuando lo mira alejarse del brazo de un personaje equívoco y rondante, vestido de ropilla escarlata con botones de acero.

CARNAVAL

UNA MUJER de facciones imperfectas y de gesto apacible obsede mi pensamiento. Un pintor setentrional la habría situado en el curso de una escena familiar, para distraerse de su genio melancólico, asediado por figuras macabras.

Yo había llegado a la sala de la fiesta en compañía de amigos turbulentos, resueltos a desvanecer la sombra de mi tedio. Veníamos de un lance, donde ellos habían arriesgado la vida por mi causa.

Los enemigos travestidos nos rodearon súbitamente, después de cortarnos las avenidas. Admiramos el asalto bravo y obstinado, el puño firme de los espadachines. Multiplicaban, sin decir palabra, sus golpes mortales, evitando declararse por la voz. Se alejaron, rotos y mohínos, dejando el reguero de su sangre en la nieve del suelo.

Mis amigos, seducidos por el bullicio de la fiesta, me dejaron acostado sobre un diván. Pretendieron alentar mis fuerzas por medio de una poción estimulante. Ingerí una bebida malsana, un licor salobre y de verdes reflejos, el sedimento mismo de un mar gemebundo, frecuentado por los albatros.

Ellos se perdieron en el giro del baile.

Yo divisaba la misma figura de este momento. Sufría la pesadumbre del artista setentrional y notaba la presencia de la mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible en una tregua de la danza de los muertos.

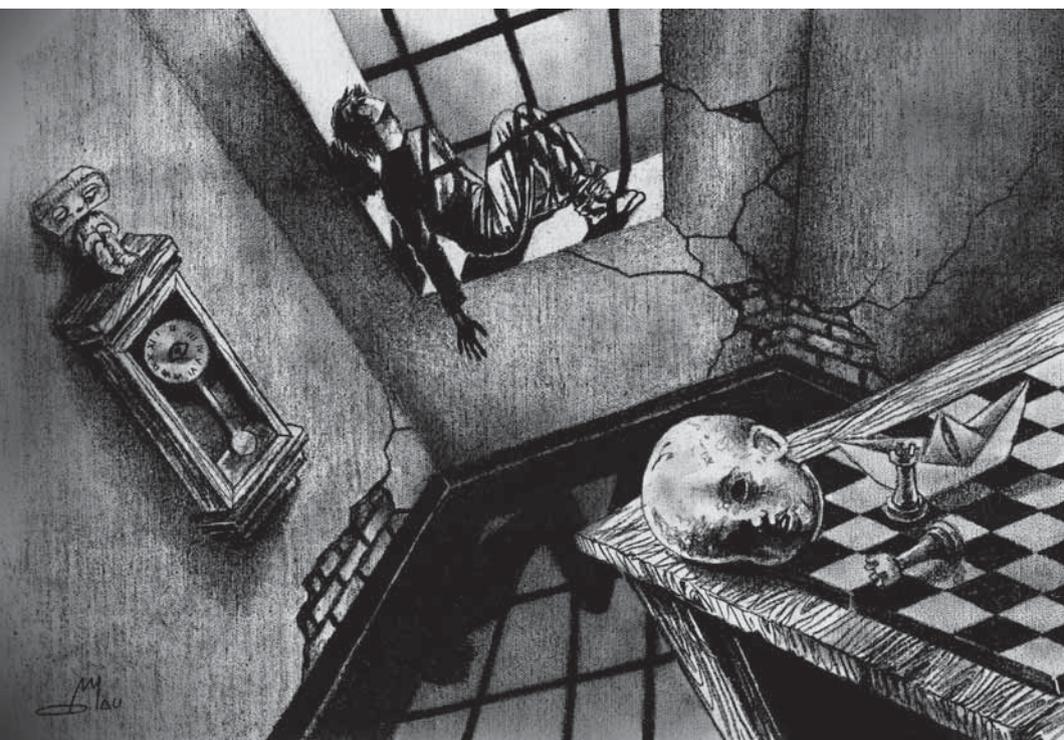
LA PRESEA

LA MAGISTRATURA y la nobleza reñían a la continua en el foro de la ciudad libre. Se juntaban en el hábito de irritar con tributos e injurias a los villanos del contorno, arrojándolos a la desesperación.

Yo vivía lejos de las hostilidades y en presencia de un monje discursivo, mi consejero en los asuntos de la cortesía. Me señalaban, en más de un pasaje sensible del Evangelio, la sonrisa clemente de la Virgen María y me invitaba a pensar en las tribulaciones de Blancaflor, vendida a los piratas. Un acto de mi niñez bastó para el júbilo perenne de su vida.

Los nobles habían destituido un juez intransigente y lo paseaban en un carro tirado por vacas, en medio del vocerío de la muchedumbre. Su hija acudió entonces a rescatarlo, sin otra autoridad sino la de su inocencia y sobre un caballo impulsivo. Dividió y dispersó, con solo anunciarse, el tumulto de los indignos.

Yo recogí entre mis manos una flor desprendida de sus cabellos.



EL EPISODIO DEL NOSTÁLGICO

SIENTO, asomado a la ventana, la imagen asidua de la patria.

La nieve esmalta la ciudad extranjera.

La luna prende un fanal en el tope de cada torre.

Las aves procelarias descansan del océano, vestidas de edredón.

Protejo, desde ayer, a la huérfana del caballero taciturno, de origen ignorado.

Refiere sobresaltos y peligros, fugas improvisas sobre caballos asustados y en barcos náufragos. Añade observaciones singulares, indicio de una inteligencia acelerada por la calamidad.

Duda si era su padre el caballero difunto.

Nunca lo vio sonreír.

Sacaba, a veces, un medallón vacío.

Miraba ansiosamente el reloj de hechura antigua, de campanada puntual.

Nadie consigue entender el mecanismo.

He espantado, de su seno, las mariposas negras del presagio.



EL PEREGRINO FERVIENTE

YO SUFRÍA en paz el sinsabor de los cielos ateridos. Un esplendor lívido, el sol extraviado, nacía debajo del horizonte e iluminaba la urbe glacial. El agua de los meteoros ennegrecía las casas monumentales.

Un monje reflexivo, poseído de la soberbia, conocía los secretos de la mecánica y de la magia natural. La cabeza de un autómatas anunciaba el porvenir y yo la consulté sin remordimiento.

Yo recibí ese día un castigo de origen arcano. Pasabas de esta vida a ocultas de mí y sin esperanza. Yo vine a perderme en la sombra y en el polvo de un palacio frágil, seguí los errores de un fantasma ciego, de una efigie entrevista bajo las tenues gasas de Eurídice y volví a la plaza misma del ingreso, después de una ronda febril.

Yo emprendí la vuelta de mi patria en medio del rumor de una inmensa desventura. Los hombres desertaban de las ciudades, huyendo de la peste y de los ludibrios del miedo. El incendio de las ricas mansiones desentumía al lobo condenado.

Unas vírgenes de tu amistad, inspiradas en el ejemplo de tu virtud y vestidas con el atavío del fantasma ciego, de la sombra aérea, me encaminaron al lugar de tu sepulcro, me arrodillaron al pie de tu imagen de alabastro.



EL TESORO DE LA FUENTE CEGADA

YO VIVÍA en un país intransitable, desolado por la venganza divina. El suelo, obra de cataclismos olvidados, se dividía en precipicios y montañas, eslabones diseminados al azar. Habían perecido los antiguos moradores, nación desalmada y cruda.

Un sol amarillo iluminaba aquel país de bosques cenicientos, de sombras hipnóticas, de ecos ilusorios.

Yo ocupaba un edificio milenario, festonado por la maleza espontánea, ejemplar de una arquitectura de cíclopes, ignaros del hierro.

La fuga de los alces huraños alarmaba las selvas sin aves.

Tú sucumbías a la memoria del mar nativo y sus alciones. Imaginabas superar con gemidos y plegarias la fatalidad de aquel destierro, y ocupabas algún intervalo de consolación musitando cantinelas borradas de tu memoria atribulada.

El temporal desordenaba tu cabellera, aumento de una figura macilenta, y su cortejo de relámpagos sobresaltaba tus ojos de violeta.

El pesar apagó tu voz, sumiéndote en un sopor inerte. Yo depuse tu cuerpo yacente en el regazo de una fuente cegada, esperando tu despertamiento después de un ciclo expiatorio.

Pude salvar entonces la frontera del país maléfico, y escapé navegando un mar extremo en un bajel desierto, orientado por una luz incólume.

ENTREVISIÓN DEL PEREGRINO

EL VENDAVAL riguroso, nacido en el secreto de un páramo, sacude los árboles encarados al crepúsculo violáceo. Los sones del viento, flébiles y largos, recorren la ciudad de las ruinas monumentales, donde el contado transeúnte desaparece con pasos de muda sombra. El sol esclarece las cúpulas de las mansiones de ecos profundos.

En los jardines impenetrables, murados de excelsas paredes, que despiertan la emoción opresiva de un secuestro en hundido calabozo, prosperan los árboles verdinegros y piramidales, rezagos de una flora pretérita. A cada paso algún recinto espacioso brinda su lóbrega soledad, bajo la guardia de quimeras ornamentales, reliquias de un arte excepcional, símbolo de una fe desertada.

La rotura de los monumentos revela profanaciones sucesivas a fuerza de armas, obra de invasores arribados en tumultuosa caballería, y la despoblación recuenta la visita de las epidemias errabundas, criadas en lejanas riberas inundadas, en el seno de los pantanos cálidos.

Aves engrifadas, de hábitos sanguinarios, cortejo de ejércitos, celebran el estrago, y describen en la atmósfera letal, antes de caer sobre la presa, vuelos arremolinados en forma de embudo. Columbran, tangente al horizonte, la última cinta de la luz execrada, y su conjunto movedizo, encima de los pórticos maltratados, desordena la noche estancada.

EL CLAMOR

YO VIVÍA sumergido en la sombra de un jardín letal. Un ser afectuoso me había dejado en la soledad y yo honraba constantemente su memoria. Unos muros altos, de vejez secular, defendían el silencio. Los sauces lucían las flores de unas ramas ajenas, tejidas por mí mismo en su follaje estéril.

He salido de esa ciudad, asentada en un suelo pedregoso, durante el sueño narcótico de una noche y he olvidado el camino del regreso. ¿Habré visto su nombre leyendo el derrotero de los apóstoles? Yo estaba al arbitrio de mis mayores y no les pregunté, antes de su muerte, por el lugar de mi infancia.

La nostalgia se torna aguda de vez en cuando. La voz del ser afectuoso me visita a través del tiempo desvanecido y yo esfuerzo el pensamiento hasta caer en el delirio.

He entrevisto la ciudad en el curso de un soliloquio, hallándome enfermo y macilento. La voz amable me imploraba desde el recinto de un presidio y una muchedumbre me impedía el intento de un socorro. Los semblantes abominables se avenían con los símbolos de sus banderas.

Yo no acostumbraba salir de casa en la ciudad de mi infancia. Mis padres me detenían en la puerta de la calle con un gesto de terror.

LA ALIANZA

YO ESCUCHABA sollozos a través del sueño ligero y variable. No podían venir de mi casa desierta ni de mi vecindario diseminado en un área espaciosa.

Yo vivía delante de una plaza vieja, sumida en la penumbra de unos árboles secos, de un dibujo elemental. Mostraban una corteza de escamas y sus hojas afiladas y de un tejido córneo, semejantes a cintas flácidas, habían cesado de criar savia.

Un mensajero llegó de lejos, al rayar el día, a decirme la nueva infausta. Había devorado la distancia, montado sobre un caballo impetuoso, de arnés galano. Admiré el estribo de usanza arábica.

Las hijas de mi ayo y consejero me recordaron al verse desvalidas. La muerte lo hirió sigilosamente en medio de la espesura de la noche y los sones de su flauta burlesca de ministril revelaron la desgracia y propagaron la consternación.

Yo había olvidado en una cámara de muebles pulverulentos el carruaje de mis excursiones juveniles. Alcancé el hogar visitado por el infortunio, después de restablecer el armazón y las ruedas en más de un sitio de la campiña reseca.

Las mujeres vinieron a mi encuentro, solemnes y demacradas a la manera de las sibilas. Me habían reservado la ceremonia de esparcir el puño de cal sobre el rostro del difunto, semejanza de algún rito de los gentiles en obsequio del piloto infernal.

Yo sellaba de tal modo el convenio de un pesar inmutable, sin esforzar mi lenguaje exento de efusión y de gracia. Asisto fielmente al responso cotidiano en el oratorio familiar y añado mi voz a una salmodia triste.

DEL PAÍS LÍVIDO

NO ME ATREVÍA a interrumpir con la voz el sosiego de los olivos uniformes.

Yo veneraba su follaje de un color cetrino. Habían crecido, conforme una ley, en el circuito de unos sauces impasibles.

Los residuos de un acueducto romano aumentaban la majestad del valle sombrío. Una balanza adornaba la frente de un templo ultrajado por las generaciones infieles y significaba las amenazas irremisibles de la justicia en un mundo superior.

Yo me perdía adrede en las avenidas, invocando los difuntos de mi predilección. Un sol rojo, presagio del temporal, desaparecía en la niebla de la tarde húmeda.

El afecto y la presencia de una sombra asidua me habían desprendido de la tierra. Yo me retiraba a descansar cuando la luna, el astro de los muertos, ocupaba el medio del cielo.

Un fantasma idéntico, reliquia del mito de Psiquis, me visitaba en el curso del sueño. Yo despertaba con la memoria de haberme fatigado en una persecución inverosímil y descubría en mis dedos el tizne de una mariposa nocturna.

OMEGA

CUANDO LA MUERTE acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaverál, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.

Mis reliquias, ocultas en el seno de la oscuridad y animadas de una vida informe, responderán desde su destierro al magnetismo de una voz inquieta, proferida en un litoral desnudo.

El recuerdo elocuente, a semejanza de una luna exigua sobre la vista de un ave sonámbula, estorbará mi sueño impersonal hasta la hora de sumirse, con mi nombre, en el olvido solemne.



ÍNDICE

MEDITACIÓN INQUIETA

Presentación. Las piedras mágicas, por Carlos Augusto León	VII
Nota a la presente edición	XI

MEDITACIÓN INQUIETA

Consejo importante de orden intelectual para Lorenzo Ramos (cartas)	3
Preludio	4
La espía	5
La vida del maldito	7
La alborada	10
El sopor	13
El romance del bardo	14
Sueño	15
Elogio de la soledad	16
Entonces	18
Discurso del contemplativo	20
La ciudad de los espejismos	23
El desesperado	24

Visión del norte	25
El residuo	27
El alivio	28
El presidiario	31
La cuita	33
El rajá	35
El emigrado	37
La ciudad	39
La parvulista	40
Duelo de arrabal	41
Del suburbio	43
El bejín	45
El resfrío	47
El real de los cartagineses	48
La aristocracia de los humanistas	49
El canto anhelante	51
El rezagado	52
El fugitivo	55
La noche	56
El nómada	57
El culpable	58
El rapto	60
El ensueño del cazador	61
La procesión	63
El protervo	64
El solterón	66
El retorno	68
El monólogo	69
La mesnada	70
La balada del transeúnte	71
Los celos del fantasma	73

Los gafos	75
La cábala	76
Marginal	77
La taberna	79
El cirujano	80
El exorcista	81
El ciego	82
La tribulación del novicio	85
El duende	88
Los ortodoxos	89
Elaina	90
Las aves de la visionaria	91
El cautivo de una sombra	93
Cansancio	94
Geórgica	96
Los gallos de la noche de Elsinor	97
Los lazos de la quimera	98
La merced de la bruma	99
El malcasado	100
Victoria	101
La canonesa	103
El ídolo	104
Tácita, la musa décima	105
La suspirante	106
El tejedor de mimbres	107
La casta de los centauros	108
La deriva	109
El herbolario	111
El riesgo	112
El viaje en trineo	113
La verdad	115

Antífona	117
El alumno de Tersites	118
La plaga	121
Montería	123
El asno	124
El páramo	125
El lince	127
El verso	129
El mandarín	131
El retrato	133
El favor	134
La ciudad de las puertas de hierro	135
El nombre	136
La abominación	137
El domicilio del eider	138
Los elementos	139
Las almas	140
El arribo forzoso	141
La salva	143
<i>Spleen</i>	144
La isla de las madréporas	145
Ofir	146
Rúnica	149
El hallazgo	150
La penitencia del mago	152
El valle del éxtasis	154
El castigo	155
El capricornio	156
El sagitario	157
El venturoso	159
El tótem	161

El rito	163
El superviviente	164
Las ruinas	165
El rescate	166
El advenimiento de sagitario	167
El escolar	168
La cuestación	170
La redención de Fausto	171
El talismán	173
El rebelde	174
El rencor	175
El remordimiento	176
El sigilado	177
Carnaval	178
La presea	179
El episodio del nostálgico	181
El peregrino ferviente	183
El tesoro de la fuente cegada	185
Entrevisión del peregrino	186
El clamor	187
La alianza	188
Del país lívido	190
Omega	191

Este volumen de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de junio de 2015,
en los talleres de Fundación Imprenta de la Cultura, Guarenas, Venezuela.

En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Times, en cuerpos 8, 9, 10, 11 y 12 puntos.

La edición consta de 3.000 ejemplares.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Mario Briceño Iragorry
Ideario político (vol. 35)

Alfonso Rumazo González
Comprensión de Miranda (vol. 36)

Sara Beatriz Guardia (Comp.)
Mujeres de Amauta (vol. 37)

Ángel Rama
*Martí: modernidad
y latinoamericanismo* (vol. 38)

César Rengifo
Teatro y sociedad (vol. 39)



Portada: Detalle de *La ciudad* (2013) de Omau
(Venezuela, 1972).

Técnica grafito sobre tela, 48 x 34 cm.

Col. del autor.



República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho

Colección Claves de América

José Antonio Ramos Sucre (Cumaná 1890-Ginebra 1930). Ha sido tildado como el poeta venezolano maldito, uno de los “raros”. Sin embargo, su “yo” pro-teico no puede encasillarse. El recorrido por escenas lúgubres, temas sórdidos y espacios inmemoriales resultan incesantes en la obra de Ramos Sucre, forman parte de sus tormentos y aficciones más profundas. En el presente volumen, se despliega una fauna pérfida análoga a personajes cautivos, perseguidos, que huyen o se esconden y, al igual que su autor, dejan huellas inquietantes.

Esta selección no sigue un orden cronológico, pues está dispuesta por ejes temáticos en los que oscilan tramas soterradas. El lector podrá percibir urbes en ruinas, magia, ritos, figuras femeninas amargas y desconcertantes, desventuras marítimas y un orientalismo despiadado, entre otros. A su vez, algunos textos están acompañados de una ilustración en la que se materializa, gráficamente, el potencial plástico de la prosa ramosucreana.

ISBN: 978-980-276-523-2

